

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 16 -

El Apocalipsis (I)

PRESENTACIÓN

Es oportuno el que este Comentario al Apocalipsis --documentado, equilibrado y edificante, como era de esperar de William Barclay-- aparezca en edición española a finales del segundo milenio de la era cristiana, cuando se están produciendo extremismos comparables a los del llamado < terror quiliástico> de finales del primer milenio, al mismo tiempo que cataclismos naturales de magnitud extraordinaria como el Niño y el Mitch de Centroamérica, entre innumerables holocaustos y guerras genocidas que bien se pueden llamar < del fin del mundo,» alguna incluso al otro lado del Éufrates, en cuyos reportajes televisivos parecía verse lo que expresó con símbolos el Vidente de Patmos.

Una cosa no debería hacer falta advertir en vísperas del año 2,000: Si bien en El Apocalipsis se nos habla de los mil años que Jesucristo reinará en la Tierra antes del Juicio Final, que como tanto en este libro es posible que tenga un sentido figurado, en ningún lugar del Apocalipsis ni de toda la Biblia se nos da pie para pensar que ese Milenio haya de coincidir con el de un nuevo milenio de la Historia de la Humanidad, ni siquiera de la era cristiana. Bien claro nos dejó el asunto el mismo Jesucristo cuando nos dijo: < Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el Cielo, ni el Hijo, sino el Padre» (Marcos 13:32).

Eso sí: existe la costumbre de dedicar el fin de cada año a hacer balance del anterior y proyectos para el siguiente. En ese sentido no estaría de más el que la Iglesia Cristiana aprovechara el fin del siglo XX y del II milenio después de Cristo para revisar sus cuentas, y no solamente por miedo a que se

las ajusten irremisiblemente, y plantearse de nuevo y en serio su misión en la Tierra, en la que sigue habiendo tanto dolor, necesidad e injusticia.

William Barclay nos dice en la Introducción que El Apocalipsis es un libro indiscutiblemente extraño, pero que vale la pena estudiar. Nos lo sitúa maravillosamente presentándonos el género al que pertenece: la literatura apocalíptica, que floreció tan profusamente en el período entre los dos Testamentos. Y nos presenta el principio que va a aplicar en su comentario: < El Apocalipsis debe interpretarse sobre el trasfondo de su propio tiempo» (página 37). Para ello se necesita un experto; y eso es lo que tenemos en William Barclay. Pero, como siempre, lo que más nos impresiona de él no es su erudición, con ser tan respetable y admirable, sino su conocimiento personal del Señor Jesucristo al Que con tanto amor y claridad nos presenta.

Bien colocado está El Apocalipsis; detrás no solo de los evangelios sino también de las epístolas, al final del Nuevo Testamento, como último acto del Evangelio, sin el que este quedaría incompleto; claro que tiene que ser distinto del resto del Nuevo Testamento, porque es el único libro de la Biblia que trata del fin que aún está por cumplirse, que anuncia Pablo al hablar de la victoria de Cristo: «Luego, el fin: cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que Él reine, hasta que haya puesto a todos Sus enemigos bajo Sus pies.» (1 Corintios 15:25s). En El Apocalipsis «vemos coronado de gloria y de honor a causa del padecimiento de la muerte a Aquél Que fue hecho por un poco de tiempo menor que los ángeles para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos» (Hebreos 2:9; cp. Filipenses 2:5-11). Vemos al Cristo que era, y Que es, y Que ha de venir.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL APOCALIPSIS DE JUAN

EL LIBRO EXTRAÑO

Cuando un estudiante del Nuevo Testamento se embarca en el estudio del Apocalipsis le da la impresión de que se encuentra en otro mundo. Aquí tenemos algo totalmente diferente del resto del Nuevo Testamento. El Apocalipsis es no solo diferente, sino también notoriamente difícil de entender para el hombre moderno. En consecuencia, se ha abandonado muchas veces como totalmente ininteligible, y algunas veces se ha convertido en el terreno reservado de los excéntricos religiosos, que lo usan para trazar el calendario celestial de lo por venir, o encuentran en él evidencias para sus propias excentricidades. Un comentarista abrumado decía que *El Apocalipsis* tiene tantos enigmas como palabras; y otro, que para estudiar *El Apocalipsis* hace falta estar loco, o querer estarlo.

Lutero le habría negado con gusto al Apocalipsis el derecho a formar parte del Nuevo Testamento. Juntamente con Santiago, Judas, Segunda de Pedro y Hebreos, lo relegó a una lista separada al final de su Nuevo Testamento. Declaraba que no hay en él más que figuras y visiones que no se encuentran en ningún otro lugar de la Biblia. Se quejaba de que, a pesar de la oscuridad de su tema, el autor había tenido la osadía de añadir amenazas y promesas a los que desobedecieran o guardaran sus palabras, como si hubiera alguien que las pudiera entender. En Apocalipsis ni se enseña ni se reconoce a Cristo; y no se percibe en él la inspiración del Espíritu Santo. Zuinglio

estaba igualmente en contra del Apocalipsis. < Con el Apocalipsis -escribe- no tenemos nada que ver, porque no es un libro de la Biblia... No tiene el aroma de la boca ni de la mente de Juan. Puedo, si quiero, no estar conforme con sus testimonios.» Muchos han hecho hincapié en la ininteligibilidad del Apocalipsis, y no pocos han discutido su derecho a formar parte del Nuevo Testamento.

Por otra parte hay algunos en cada generación que aman este libro. T. S. Kepler cita y hace suyo el veredicto de Philip Carrington: < En el caso del Apocalipsis nos encontramos con un artista mayor que Stevenson o Coleridge o Bach. San Juan tiene mejor sentido de la palabra idónea que Stevenson; mejor dominio de la belleza ultraterrena y sobrenatural que Coleridge, y un sentido más rico de la melodía y el ritmo y la composición que Bach.. Es la única obra maestra de arte puro que encontramos en el Nuevo Testamento... Su plenitud y riqueza y armónica diversidad lo colocan muy por encima de las tragedias griegas.»

Ya contamos con que este libro nos resultará difícil y alucinante; pero sin duda nos resultará también que valía la pena enzarzarnos con él en la lucha hasta que nos dé su bendición y nos descubra sus riquezas.

LA LITERATURA APOCALÍPTICA

Debemos tener presente en nuestro estudio del Apocalipsis que, aunque único en el Nuevo Testamento, es sin embargo el representante de una clase de literatura que fue de lo más corriente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Apocalipsis es la transcripción de su nombre en griego, Apocalýpsis, que significa Revelación. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se desarrolló una gran masa de lo que llamamos Literatura apocalíptica, producto de una esperanza judía inextinguible.

Los judíos no podían olvidar que eran el pueblo escogido de Dios. Para ellos aquello implicaba la certeza de llegar algún día a la supremacía mundial. En su primera historia esperaban la llegada de un rey de la dinastía de David que reuniría la nación y la conduciría a la grandeza. Había de brotar un vástago del tocón de Isaí (Isaías 11:1,10). Dios había de suscitar a David un renuevo justo (Jeremías 23:5). Algún día, el pueblo de Israel serviría a David, su rey (Jeremías 30:9). David sería su pastor y su rey (Ezequiel 34:23; 37:24). El tabernáculo de David volvería a levantarse (Amós 9:11); de Belén vendría un gobernador que sería grande hasta los fines de la tierra (Miqueas 5:2-4).

Pero toda la historia de Israel había dado el mentís a esas esperanzas. Después de la muerte de Salomón, el reino, bastante pequeño para empezar, se dividió en dos bajo Roboam y Jeroboam y perdió su unidad para siempre. El reino del Norte, con su capital en Samaria, desapareció en el último cuarto del siglo VIII a.C. ante el asalto de los asirios, y ya no volvió a aparecer en la Historia, y sus diez tribus se perdieron. El reino del Sur, con su capital en Jerusalén, fue reducido a la esclavitud y al destierro por los babilonios en la primera parte del siglo VI a.C. Luego estuvo sometido a los persas, los griegos y los romanos. La Historia era para los judíos un catálogo de desastres por los que se iba haciendo claro que ningún libertador humano podría rescatarlos.

LAS DOS EDADES

El pensamiento judío se adhería con determinación a la convicción de ser el pueblo escogido de Dios, pero tenía que ajustarse a los hechos de la Historia. Y lo hizo desarrollando un esquema propio de la Historia. Los judíos dividían la historia del tiempo en dos edades. Estaba esta edad presente, que era absolutamente e irremediabilmente mala, que acabaría en una destrucción total. Así es que los judíos esperaban el fin de las cosas tal como son ahora. Y estaba la edad por venir, la edad de oro de Dios, en la que todo sería paz, prosperidad

y justicia, y el pueblo escogido de Dios sería vindicado por fin y ocuparía el lugar que le correspondía por derecho propio.

¿Cómo iba esta edad presente a convertirse en la edad por venir? Los judíos creían que el cambio no se podría producir nunca por intervención humana, y por tanto esperaban una intervención directa de Dios. Él Se presentaría en el escenario de la Historia para desterrar de la existencia este mundo presente e introducir Su edad de oro. El -día de la intervención de Dios se llamaba *EL Día del Señor*, y sería un tiempo terrible de terror y destrucción y juicio que serían los dolores de parto de la nueva era.

Toda la literatura apocalíptica trataba de estos acontecimientos: el pecado de esta edad presente, los terrores del tiempo intermedio y las bendiciones de la edad por venir. Se compone exclusivamente de sueños y visiones del fin del mundo, lo que hace que toda la literatura apocalíptica sea críptica por necesidad. Siempre está tratando de describir lo indescriptible, de decir lo indecible.

Otro hecho complicaba todavía más las cosas. Era sencillamente natural que estas visiones apocalípticas inflamaran aún más las mentes de las personas que vivían bajo tiranía y opresión. Cuanto más los oprimía algún poder extranjero, más soñaban con la destrucción de ese poder y con su propia vindicación. Pero no habría hecho más que empeorar la situación el que el poder opresor hubiera podido entender esos sueños; se habrían interpretado como obras de revolucionarios rebeldes. Tales libros, por tanto, se solían escribir en código, revistiéndose a propósito en un lenguaje ininteligible para los de fuera; y hay muchos casos en que deben haber seguido siendo ininteligibles porque se ha perdido la clave del código secreto. Pero, cuanto más sabemos del trasfondo histórico de tales libros, mejor los podemos interpretar.

EL APOCALIPSIS

Todo esto se aplica al *Apocalipsis* como anillo al dedo. Hay un sinnúmero de apocalipsis judíos *Henoc*, *Los Oráculos sibilinos*, *Los Testamentos de los Doce Patriarcas*, *La Ascensión de Isaías*, *La Asunción de Moisés*, *El Apocalipsis de Baruc*, *El Cuarto Libro de Esdras*...- Nuestro *Apocalipsis* es un apocalipsis cristiano, el único que hay en el Nuevo Testamento, aunque hubo muchos otros que no se incluyeron. Se escribió siguiendo exactamente el esquema judío y la concepción básica de las dos edades. La única, pero fundamental, diferencia es que sustituye el Día del Señor por la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. No sólo el esquema, sino también los detalles son los mismos. Los apocalipsis judíos tenían un aparato de acontecimientos que habían de suceder en el fin del mundo, acontecimientos que tienen su lugar en el *Apocalipsis*.

Antes de pasar a delinear ese esquema de acontecimientos hemos de mencionar otra cuestión. Tanto *la apocalíptica* como *la profecía* tratan de acontecimientos que están por venir. Entonces, ¿qué diferencia hay entre ambas?

APOCALÍPTICA Y PROFECÍA

La diferencia entre los profetas y los apocaliptistas era muy real. Había dos diferencias principales, una en cuanto al mensaje y otra en cuanto al método.

(i) El profeta pensaba en términos del mundo presente. Su mensaje era a menudo un clamor por justicia social, económica y política; y era siempre una llamada a obedecer y servir a Dios en el mundo presente. Para el profeta era este mundo el que había que reformar y al que había de venir el Reino de Dios. Esto se ha expresado diciendo que el profeta vivía en la Historia. Creía que era en sus acontecimientos en los que se iba desarrollando el propósito de Dios. En cierto sentido, el profeta era optimista porque, por muy seriamente que condenara las

cosas como estaban, sin embargo creía que se podían remediar si los hombres aceptaban la voluntad de Dios. Para el apocalíptico el mundo ya no tenía remedio; creía, no en su reforma, sino en la desaparición de este mundo presente. Contemplaba la creación de un mundo nuevo cuando este ya hubiera sido deshecho por la ira vengativa de Dios. En un sentido, por tanto, el apocalíptico era pesimista, porque no creía que se pudieran sanar las cosas tal como eran. Ciertamente estaba seguro de que la edad dorada había de venir; pero para ello tenía que ser destruido este mundo.

(ii) El mensaje del profeta era hablado; el del apocalíptico era siempre escrito. La apocalíptica es una producción rterana. Si se hubiera comunicado oralmente, nadie habría entendido su mensaje. Es difícil, enrevesada, a menudo ininteligible; hay que estudiarla y meditarla seriamente antes de poder entenderla. Además, el profeta siempre hablaba personalmente, identificándose; pero todos los escritos apocalípticos -excepto el del Nuevo Testamento- son pseudoepigráficos: se ponen en boca de los grandes hombres del pasado, como Noé, Henoc, Isaías, Moisés, los Doce Patriarcas, Esdras o Baruc. Hay algo patético en esto. Los que escribieron la literatura apocalíptica tenían el sentimiento de que la grandeza había desaparecido de la Tierra; desconfiaban demasiado de sí mismos para dar sus nombres a sus escritos, así es que se los atribuían a los grandes hombres del pasado, tratando así de darles una autoridad mayor de la que le podrían dar sus propios nombres. Como dice Jülicher: < La apocalíptica es la senilidad -«la chochez»- de la profecía. »

EL APARATO DE LA APOCALÍPTICA

La literatura apocalíptica tiene un esquema; trata de describir las cosas que sucederán en los últimos tiempos y las bendiciones que vendrán después; y las mismas imágenes aparecen una y otra vez. Siempre, por así decirlo, trabaja con los mismos

materiales; y estos materiales tienen su lugar en el *Libro del Apocalipsis*.

(i) En la literatura apocalíptica, el Mesías era una figura divina, preexistente, otromundista, de poder y de gloria, esperando descender al mundo para iniciar su carrera conquistadora. Existía en el Cielo desde antes de la creación del mundo, antes de que fueran hechos el Sol y la Luna y las estrellas, y estaba reservado en la presencia del Todopoderoso (*Henoc 48:3,6; 62:7; 4 Esdras 13:25s*). Vendrá a abatir a los poderosos de sus alturas, a destronar a los reyes de la tierra y a romperles los dientes a los pecadores (*Henoc 42:2-6; 48:2-9; 62:5-9; 69:26-29*). En la apocalíptica no había nada humano ni benigno en el Mesías; era una figura divina de gloria y poder vengativo ante quien la tierra temblaba de terror.

(ii) La venida del Mesías sería precedida por la vuelta de Elías, que le prepararía el camino (*Malaquías 4:5s*). Elías se pondría sobre las colinas de Israel, decían los rabinos, y anunciaría la llegada del Mesías con una voz que resonaría desde un extremo a otro de la tierra..

(iii) El terrible último tiempo se conocía como < el parto del Mesías. » La llegada del Mesías se presentaría tan repentinamente como los dolores a la mujer encinta. En los evangelios se presenta a Jesús prediciendo las señales del fin con estas palabras: < Todas estas cosas serán el principio de los dolores » (*Mateo 24:8; Marcos 13:8*). La palabra para, dolores es *ódinai*, que quiere decir literalmente *dolores de parto*.

(iv) Los últimos días serían un tiempo de terror. Hasta los hombres recios llorarían amargamente (*Sofonías 1:14*); los habitantes de la tierra temblarían (*Joel 2:1*); las gentes estarán aterradas de miedo, buscando algún sitio donde esconderse, sin encontrarlo (*Henoc 102:1,3*).

(v) Los últimos días serían un tiempo en el que el mundo sería sacudido, un tiempo de cataclismo cósmico en el que el universo, tal como se conoce, se desintegraría. Las estrellas se extinguirían; el Sol se volvería tinieblas, y la Luna sangre (*Isaías 13:10; Joel 2: 30s; 3:15*). El firmamento se descompon-

dría en ruinas; habría cataratas de fuego devorador, la creación se volvería una masa fundida (Oráculos *sibilinos* 3:83-89). Las estaciones no guardarían su orden, y no habría noche ni aurora (Oráculos *sibilinos* 3:796-806).

(vi) Los últimos días serían un tiempo cuando las relaciones humanas se destruirían. El odio y la enemistad reinarían sobre la tierra. Cada cual levantaría la mano contra su prójimo (*Zacarías* 14:13). Los hermanos se matarían entre sí; los padres asesinarían a sus propios hijos; desde la salida hasta la puesta del sol los hombres se matarían unos a otros (*Henoc* 100:1s). El honor se tornaría vergüenza, la fuerza humillación y la belleza fealdad. El más humilde ardería de envidia, y la pasión se apoderaría del que antes era pacífico (2 *Baruc* 48:31-37).

Los últimos días serían un tiempo de juicio. Dios vendría como fuego purificador, ¿y quién podría soportar el día de Su venida? (*Malaquías* 3:1-3). Sería con la espada y con el fuego como Dios juzgaría a la humanidad (*Isaías* 66:15s). El Hijo del Hombre destruiría a los pecadores de la tierra (*Henoc* 69: 27), y el olor a azufre impregnaría todas las cosas (Oráculos *sibilinos* 3:58-61). Los pecadores perecerían abrasados como la antigua Sodoma (*Jubileos* 36:10s).

(vi;j) En todas estas visiones los gentiles ocupan un lugar, pero no es siempre el mismo.

(a) Algunas veces la, visión es que los gentiles serán totalmente destruidos. Babilonia se convertirá en tal desolación que el árabe errante no encontrará entre sus ruinas un lugar donde poner su tienda, ni el pastor donde apacentar sus ovejas; no será más que un desierto donde viven las fieras (*Isaías* 13:19-22). Dios hollará a los gentiles en Su ira (*Isaías* 63:6). Los gentiles vendrán encadenados a Israel (*Isaías* 45:14).

(b) Algunas veces se prevé una última concentración de los gentiles contra Jerusalén, y una última batalla en la que serán destruidos (*Ezequiel* 38:14 - 39:16; *Zacarías* 14:1-11). Los reyes de las naciones se lanzarán contra Jerusalén; tratarán de expoliar el altar del Santo; colocarán sus tronos alrededor de

la ciudad rodeados de infieles; pero eso solo les reportará su propia destrucción (Oráculos *sibilinos* 3:663-672).

(c) Algunas veces se describe la conversión de los gentiles mediante Israel. Dios ha dado a Israel como luz a los gentiles, para que sea la salvación de Dios hasta lo último de la tierra (*Isaías* 49:6). Las islas esperarán en Dios (*Isaías* 51:5); los fines de la tierra están invitados a contemplar a Dios y ser salvos (*Isaías* 45:20-22). El Hijo del Hombre será una luz para los gentiles (*Henoc* 48:4s). Las naciones paganas vendrán de los fines de la tierra a Jerusalén para contemplar la gloria de Dios (*Salmos de Salomón* 17:34).

De todas las visiones en relación con los gentiles, la más corriente es la de su destrucción y la exaltación de Israel.

(ix) En los últimos días, los judíos que hayan sido esparcidos por toda la tierra serán reunidos en la Santa Ciudad otra vez. Volverán de Asiria y de Egipto a adorar a Dios en Su monte santo (*Isaías* 27:12s). Las colinas serán allanadas y los valles henchidos, y hasta los árboles se reunirán para hacerles sombra cuando vuelvan (*Baruc* 5:5-9). Hasta los que hayan muerto en el exilio en países remotos serán traídos de vuelta.

(x) En los últimos días, la Nueva Jerusalén, que ya está preparada en el Cielo con Dios (4 *Esdras* 10:44-59; 2 *Baruc* 4:2-6), descenderá a la humanidad. Será incomparablemente hermosa, con basas de zafiros y capiteles de ágata y puertas de carbunclos sobre pasillos de piedras preciosas (*Isaías* 54:12s; *Tobías* 13:16s). El último Templo será mucho más glorioso que los del pasado (*Hageo* 2:7-9).

Una parte esencial de la descripción apocalíptica de los últimos días era la resurrección de los muertos. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua» (*Daniel* 12:2s). El Seol y la tumba devolverán lo que se les ha confiado (*Henoc* 51:1). La amplitud de la resurrección variaba. Algunas veces se suponía que se aplicaba sólo a los justos de Israel; otras, a todo Israel, y otras a todos los muertos. Cualquiera que fuera la forma que tomara, es verdad decir que es

entonces cuando aparece por primera vez una firme esperanza en la vida más allá de la muerte.

(xii) Había diferencias en cuanto a la duración que había de tener el reinado del Mesías. El punto de vista más natural -y más corriente- era que duraría para siempre. El reino de los santos es un reino sempiterno (Daniel 7:27). Algunos creían que el reino del Mesías duraría cuatrocientos años. Llegaban a esa cifra comparando Génesis 15:13 y Salmo 90:15. En Génesis, se le dice a Abraham que el período de aflicción de los israelitas será de cuatrocientos años; y la oración del salmista es que Dios alegre al pueblo conforme a los días que le afligió y los años que vieron el mal. En Apocalipsis se prevé que habrá un reinado de los santos del Altísimo que durará mil años, y luego tendrá lugar la batalla final con los poderes reunidos del mal, y después vendrá la edad de oro de Dios.

Tales eran los acontecimientos de los últimos días que describían los autores apocalípticos; y prácticamente todos se hallan en las visiones del Apocalipsis. Para completar el cuadro vamos a resumir brevemente las bendiciones de la era por venir.

LAS BENDICIONES DE LA ERA POR VENIR

(i) El reino dividido se unirá otra vez. La casa de Judá volverá a caminar con la casa de Israel (Jeremías 3:18; Isaías 11:13; Oseas 1:11). Las viejas divisiones se restañarán, y el pueblo de Dios será uno.

(ii) Habrá en la tierra una fertilidad alucinante. El desierto se convertirá en un campo de cultivo (Isaías 32:15), será como el Huerto del Edén (Isaías 51:3); el desierto se regocijará y florecerá como el azafrán (Isaías 35:1). La tierra producirá diez mil veces más frutos; en cada vid habrá mil sarmientos, y en cada sarmiento mil racimos, y en cada racimo mil uvas, y cada uva dará un coro (220 litros) de vino (2 Baruc 29:5-8). Habrá una abundancia como no la ha conocido nunca el mundo, y los hambrientos se regocijarán.

(iii) Un elemento constante de los sueños de la nueva edad era que en ella cesarían las guerras. Los hombres convertirían las espadas en rejas de arado y las lanzas en hoces (Isaías 2:4). No habría espadas ni toques de alarma. Habría una ley común para todos los hombres y una gran paz por toda la tierra, y los reyes serían amigos entre sí (Oráculos sibílicos 3:751-760).

(iv) Una de las ideas más preciosas acerca de la nueva edad era que en ella cesaría la enemistad entre los animales. El leopardo y el cabritillo, la vaca y la osa, el león y el buey jugarían y dormirían juntos (Isaías 11:6-9; 65:25). Habría un nuevo pacto entre los hombres y los animales salvajes (Oseas 2:18). Hasta un niño de pecho podría jugar cerca de las cuevas de las serpientes venenosas (Isaías 11:8; 2 Baruc 73:6). En toda la naturaleza habría un reinado de amistad universal en el que nadie querría hacer daño a nadie.

(v) En la era por venir se acabarían el cansancio, la aflicción y el dolor. Dejaría de haber ninguna clase de dolor (Jeremías 31:12); tendrían gozo perpetuo sobre sus cabezas (Isaías 35:10). No habría tal cosa como una muerte prematura (Isaías 65:20-22); nadie diría: < Estoy enfermo > (Isaías 33:24); la muerte sería absorbida en la victoria, y Dios enjugaría las lágrimas de todos los rostros (Isaías 25:8). La enfermedad se retiraría; la ansiedad, la angustia y el lamento pasarían; no habría dolores de parto; el segador no se fatigaría, ni se agotaría el constructor (2 Baruc 73:2 - 74:4). La edad por venir cesaría lo que llamaba Virgilio < las lágrimas de las cosas. >

(vi) La edad por venir sería un tiempo de justicia. Todas las personas vivirían en perfecta santidad. La humanidad estaría representada por una generación buena, que viviría en el temor del Señor en los días de la misericordia (Salmos de Salomón 17:28-49; 18:9s).

Apocalipsis es el representante en el Nuevo Testamento de todas estas obras de la literatura apocalíptica que describen los terrores que precederán al final de los tiempos, y las bendiciones que los seguirán en la era por venir; y usa todas las figuras

familiares. A menudo nos resultará difícil de entender, y hasta ininteligible; pero usa expresiones e ideas que conocerían y entenderían sus primeros lectores.

EL AUTOR DEL APOCALIPSIS

(i) El autor del Apocalipsis se llamaba Juan. Empieza diciendo que Dios envió a Su siervo Juan las visiones que va a relatar (1:1). Empieza el cuerpo del libro diciendo que lo envía Juan a las Siete Iglesias de Asia (1:4). Se identifica como el hermano Juan, compañero de tribulación de aquellos a los que escribe (1:9). «Yo, Juan dice-, soy el que oyó y vio estas cosas» (22:8).

(ii) Este Juan fue un cristiano que vivió en Asia en la misma esfera que los cristianos de las Siete Iglesias. Se identifica como hermano de los destinatarios de su carta; y dice que él está pasando por las mismas tribulaciones que ellos (1:9).

(iii) Probablemente era un judío de Palestina que se había trasladado a Asia Menor ya de mayor. Podemos deducirlo por el griego que escribe: vivo, poderoso y pictórico; pero desde el punto de vista de la gramática es con mucho el más deficiente del Nuevo Testamento. Comete incorrecciones que ningún escolar griego cometería. El griego está claro que no era su lengua materna; y a menudo se intuye que estaba escribiendo en griego, pero pensando en hebreo. Estaba empapado en el Antiguo Testamento: lo cita o alude 245 veces. Esas citas proceden de unos veinte libros del Antiguo Testamento. Sus favoritos eran *Isaías, Daniel, Ezequiel, Salmos, Éxodo, Jeremías, Zacarías*. No solo conocía el Antiguo Testamento íntimamente, sino estaba familiarizado con la literatura apocalíptica que floreció entre los dos Testamentos.

(iv) Se identifica como profeta, y en ello basa su derecho a hablar. El mandamiento que recibió del Cristo Resucitado fue que profetizara (10:11). Es por medio del espíritu de profecía como Jesús da Su testimonio a la Iglesia (19:10). Dios es el

Dios de los santos profetas, y envía Su ángel para mostrar a Sus siervos lo que ha de suceder en el mundo (22:6). El ángel le habla a Juan de sus hermanos los profetas (22:9). Su libro se define como un libro de profecía, o como las palabras de profecía (22:7,10,18s).

Aquí es donde radica la autoridad de Juan. No se identifica como apóstol, como hace Pablo cuando quiere reclamar su derecho a hablar. No tiene una posición < oficial > o administrativa en la Iglesia; es un profeta. Escribe lo que ve; y como lo que ve viene de Dios, su palabra es fiel y verdadera (1:11,19).

Cuando Juan estaba escribiendo, los profetas tenían un lugar muy especial en la Iglesia. Escribía, como veremos, hacia el año 90 d.C. Por aquel entonces la Iglesia tenía dos clases de ministros. Estaba el ministerio local, y los que lo ejercían estaban afincados permanentemente en una congregación; eran los ancianos, los diáconos y los maestros. Y estaba el ministerio itinerante de aquellos cuya esfera de trabajo no se limitaba a ninguna congregación en particular. A este ministerio pertenecían los apóstoles, cuya autoridad abarcaba toda la Iglesia, y los profetas, que eran predicadores ambulantes. Se los respetaba grandemente; el poner en duda las palabras de un profeta verdadero era pecar contra el Espíritu Santo, dice la *Didajé* (11:7). El orden del culto de comunión se establece en la *Didajé*, pero se añade: «Pero permitid que los profetas celebren la Eucaristía como a ellos les parezca» (10:7). Se reconocía a los profetas como hombres de Dios en un sentido exclusivo, y Juan era uno de ellos.

(v) No es probable que fuera un apóstol, porque en tal caso no se había identificado como profeta. Además, habla de los apóstoles como si pertenecieran al pasado, como los fundamentos principales de la Iglesia. Dice que en los doce cimientos de la muralla de la Ciudad Santa estaban inscritos los nombres de los Doce Apóstoles del Cordero (21:14). No habría hablado así de los apóstoles si él hubiera sido uno de ellos.

Esta conclusión resulta aún más clara por el título del libro. La antigua versión Reina-Valera, desde la Biblia del Oso, lo

llamaba *El Apocalipsis o Revelación de San Juan el Teólogo*. Revisiones y traducciones posteriores omiten *el Teólogo, theólogos* en griego, porque falta en los manuscritos más antiguos; pero tiene una antigüedad considerable. La misma adición de este título parece encaminada a distinguirlo del apóstol Juan.

Tan tempranamente como 250 d.C., el gran investigador Dionisio, que era el cabeza de la escuela cristiana de Alejandría, vio que era prácticamente imposible que hubiera sido el mismo el que escribió el Cuarto Evangelio y el *Apocalipsis*, aunque no fuera más que porque tenían un griego diferente. El del Cuarto Evangelio es sencillo pero correcto; el del *Apocalipsis* es áspero y gráfico, pero notoriamente incorrecto. Además, el autor del Cuarto Evangelio evita intencionadamente mencionar su propio nombre, mientras que el autor del *Apocalipsis* lo hace repetidas veces. Y todavía más: las ideas de los dos libros son diferentes. Las grandes ideas del Cuarto Evangelio -luz, vida, verdad y gracia- no ocupan un lugar dominante en *Apocalipsis*. Al mismo tiempo se advierten suficientes semejanzas de pensamiento y lenguaje como para dejar bien claro que ambos libros proceden del mismo centro y del mismo mundo de pensamiento.

LA FECHA DEL APOCALIPSIS

Tenemos dos fuentes que nos permiten fijar la fecha.

(i) La tradición nos ofrece un relato. Nos dice que Juan fue desterrado a Patmos en tiempos de Domiciano; que tuvo allí las visiones; a la muerte de Domiciano fue liberado y volvió a Éfeso, donde escribió las visiones que había tenido. Victorino, escribiendo hacia finales del siglo III d.C., dice en su comentario al *Apocalipsis*: < Juan, cuando vio estas cosas, estaba en la isla de Patmos, condenado a las minas por el emperador Domiciano. Fue allí donde tuvo la revelación... Cuando fue liberado de las minas más tarde, transmitió esta

revelación que había recibido de Dios. » Jerónimo es todavía más detallado: < En el año 14 después de la persecución de Nerón, Juan fue desterrado a la isla de Patmos, y allí escribió el *Apocalipsis*... A la muerte de Domiciano, al ser revocados sus actos por el Senado a causa de su excesiva crueldad, volvió a Éfeso cuando era emperador Nerva. » Eusebio dice: « El apóstol y evangelista Juan relató estas cosas a las iglesias cuando volvió del destierro en la isla después de la muerte de Domiciano. » La tradición asegura que Juan tuvo estas visiones en su destierro en Patmos; lo único que es dudoso -y no tiene excesiva importancia- es si las escribió durante su estancia en el destierro o cuando regresó a Éfeso. Basándonos en esta evidencia no erraremos mucho si fechamos *Apocalipsis* hacia el año 95 d.C.

(ii) La segunda línea de evidencia son los datos que encontramos en el mismo libro. Hay una actitud totalmente nueva hacia Roma y el Imperio Romano.

En *Hechos*, el tribunal del magistrado romano fue a menudo el refugio más seguro de los misioneros cristianos frente al odio de los judíos y la furia del populacho. Pablo estaba orgulloso de ser ciudadano romano, y una y otra vez reclamó los derechos que le correspondían como tal. En Filipos se sobrepuso a los magistrados locales revelando su ciudadanía (*Hechos* 16:36-40). En Corinto, Galión desestimó las quejas que había contra Pablo con imparcial justicia romana (*Hechos* 19:13-41). El Jerusalén, el tribuno romano le rescató de lo que hubiera llegado a ser un linchamiento (*Hechos* 21:30-40). Cuando el tribuno romano de Jerusalén supo que iba a haber un intento de matar a Pablo de camino a Cesarea, tomó todas las medidas oportunas para asegurar su seguridad (*Hechos* 23:12-31). Cuando Pablo llegó a desesperar de que se le hiciera justicia en Palestina, hizo uso de su derecho de ciudadano y apeló directamente al César (*Hechos* 25: 10s). Cuando escribió a los romanos, los exhortó a que obedecieran a los poderes establecidos, porque estaban ordenados por Dios; y eran el terror solamente de los malos, pero no de los buenos (*Romanos*

13:1-7). El consejo de Pedro es exactamente el mismo. Hay que obedecer a los gobernadores y a los reyes, porque Dios mismos los ha puesto en oficio. El cristiano está obligado a temer a Dios y a honrar al emperador (1 Pedro 2:12-17). Al escribir a los tesalonicenses es probable que Pablo se refiriera al poder de Roma como el que contenía el caos que amenazaba al mundo (2 Tesalonicenses 2:7).

En Apocalipsis no encontramos más que un odio ardiente a Roma, la nueva Babilonia, la madre de las ramera, ebria con la sangre de los santos y mártires (Apocalipsis 17:5s). Juan no espera sino la destrucción total del Imperio Romano.

La explicación de este cambio de actitud se encuentra en el -amplio desarrollo del culto al César que, unido a la persecución que originó, es el trasfondo de Apocalipsis.

Cuando se escribió Apocalipsis el culto al César era una religión que cubría todo el Imperio Romano; y fue por negarse a someterse a sus exigencias por lo que fueron perseguidos y muertos los cristianos. Su principio era que el emperador reinante, como personificación del espíritu de Roma, era un dios. Una vez al año, todos los habitantes del Imperio Romano tenían que presentarse a los magistrados para quemar una pizquita de incienso a la divinidad del César y decir: «César es Señor,» después de lo cual podían ir cada uno a adorar a sus dioses, siempre que no atentaran al orden público; pero tenían que pasar por aquella ceremonia so pena de ser considerados desafectos al régimen.

La razón era bien sencilla. Roma tenía un vasto imperio heterogéneo, que se extendía de un extremo a otro del mundo conocido. Incluía muchas razas, lenguas y tradiciones. El problema era cómo soldar esa masa tan diversa para formar una unidad consciente. No hay fuerza unificadora como una religión común, pero ninguna de las religiones nacionales se podía pensar que se convirtiera en universal. El culto al César sí. Era el único acto común y la única creencia que convertía el imperio en una unidad. El negarse a quemar ese poco de incienso y a decir «César es Señor» no era un acto de incredulidad, sino

de deslealtad política. Por eso los romanos actuaban con tal severidad contra el que no dijera «César es Señor.» Y ningún cristiano podría darle el título de Señor a nadie que no fuera Jesucristo. Ese era el centro de su credo.

Debemos ver cómo se desarrolló este culto al César hasta llegar a alcanzar su cima cuando se escribió Apocalipsis.

Hay que notar un hecho básico. El culto al César no se le impuso a la gente desde arriba. Surgió del pueblo; hasta se podría decir que se desarrolló a pesar de los esfuerzos que hicieron los primeros emperadores para detenerlo, o por lo menos limitarlo. Y se ha de notar que, de todos los habitantes del imperio, sólo los judíos estaban exentos.

El culto al César empezó como una expresión espontánea de agradecimiento a Roma. Los habitantes de las provincias sabían muy bien lo mucho que le debían a Roma. La justicia romana imparcial había desplazado la opresión tiránica y caprichosa; la seguridad, a la inseguridad. Las grandes carreteras romanas se extendían por todo el mundo; y se mantenían a salvo de bandoleros, y los mares, de piratas. La pax romana, la paz romana, era la cosa más grande que había sucedido en el mundo antiguo. Como decía Virgilio, Roma creía que su destino era «rehabilitar a los caídos y sojuzgar a los soberbios.» Había un nuevo orden en el mundo. E. J. Goodspeed escribe: «Esto era la pax romana. El provinciano se encontraba bajo la soberanía de Roma en posición de dirigir su propio negocio, proveer para su familia, enviar sus cartas y hacer sus viajes con toda seguridad gracias a la mano poderosa de Roma.»

El culto al César no empezó por convertir en un dios al emperador, sino por divinizar a Roma. El espíritu del imperio se divinizó bajo el nombre de la diosa Roma. Roma representaba todo el poder fuerte y benevolente del imperio. El primer templo dedicado a Roma se erigió en Esmirna hacia el año 195 a.C. De ahí no había más que un paso para considerar que el espíritu de Roma se encarnaba en el emperador. El culto al emperador empezó con el de Julio César después de su muerte. El año 29 a.C., el emperador Augusto dio permiso a las

provincias de Asia y Bitinia para erigir templos en Éfeso y Nicea para el culto simultáneo de la diosa Roma y del divinizado Julio César. Se animaba y hasta exhortaba a los ciudadanos romanos a dar culto en esos templos. Entonces se dio otro paso: Augusto permitió a los provincianos que no eran ciudadanos romanos erigir templos en Pérgamo de Asia y en Nicomedia de Bitinia donde se diera culto a Roma y a él mismo. Al principio se consideraba que el culto al emperador reinante les estaba permitido a los provincianos que no eran ciudadanos romanos, pero no a los que tenían esa dignidad.

Hubo un desarrollo inevitable. Es humano eso de adorar a un dios al que se puede ver, mejor que a un espíritu. Poco a poco la gente empezó a dar culto más y más al emperador mismo en vez de a la diosa Roma. Todavía se requería un permiso especial del senado para erigir un templo al emperador reinante; pero a mediados del siglo I d.C. se daba ya ese permiso con bastante libertad. El culto al César se fue convirtiendo en la religión universal del Imperio Romano. Se instituyó un sacerdocio, y el culto se organizó en presbiterios, cuyos oficiales eran tenidos en alto honor.

Este culto no se pretendía que desplazara a las otras religiones. Roma era esencialmente tolerante. Uno podía dar culto al César y a otros dioses. Pero más y más, el culto al César se convirtió en una prueba de lealtad política; llegó a ser, como ha dicho alguien, el reconocimiento del dominio del César sobre el alma y la vida de las personas. Tracemos, pues, el desarrollo de este culto hasta la aparición de Apocalipsis y algo después.

(i) Augusto, que murió el año 14 d.C., permitió el culto de Julio César, su gran predecesor. Permitted a los que no eran ciudadanos romanos en las provincias darle culto a él mismo, pero no permitió que lo hicieran los ciudadanos; y no hizo nada para animar ese culto.

(ii) Tiberio (14-37 d.C.) no pudo detener el culto al César. Prohibió que se edificaran templos y que se ordenaran sacerdotes para darle culto a él; en una carta a Gitón, una ciudad de Laconia, se negó en redondo a que le rindieran homenaje

como a un dios. Lejos de promover el culto al César, lo que hizo fue frenarlo.

(iii) Calígula (37-41 d.C.), el siguiente emperador, era epiléptico, un chalado y megalómano. Insistió en reclamar honores divinos. Hizo lo posible por imponerles el culto al César hasta a los judíos, que siempre habían estado y habrían de estar exentos. Hizo planes para colocar su propia imagen en el lugar santísimo del templo de Jerusalén, lo que habría provocado una rebelión inevitable. Por fortuna murió antes de llevar a cabo su plan; pero en su reinado tenemos un episodio en el que el culto al César se convirtió en una exigencia imperial.

(iv) A Calígula le sucedió Claudio (41-54 d.C.), que le dio la vuelta totalmente a esa política insensata. Escribió al gobernador de Egipto -había un millón de judíos sólo en Alejandría- aprobando totalmente el rechazo de los judíos a llamar al emperador un dios, y concediéndoles libertad total para practicar su propio culto. Cuando ascendió al trono, escribió a Alejandría diciendo: «Lamento que se haya nombrado un sumo sacerdote para darme culto a mí y que se construyan templos, porque no quiero ofender a mis contemporáneos y creo que los altares sagrados y cosas semejantes se han dedicado en todas las edades a los dioses inmortales como honores que les eran debidos.»

(v) Nerón (54-68 d.C.) no tomaba su divinidad en serio, ni tampoco hizo nada para insistir en el culto al César. Es verdad que persiguió a los cristianos; pero no fue porque se negaran a darle culto, sino ante la necesidad de encontrar chivos expiatorios por el gran fuego de Roma.

(vi) Tras la muerte de Nerón hubo tres emperadores en dieciocho meses -Galba, Otón y Vitelio, y en aquel tiempo caótico ni siquiera surgió la cuestión del culto al César.

(vii) Los dos emperadores siguientes, Vespasiano (69-79 d.C.) y Tito (79-81 d.C.), fueron gobernadores prudentes que no insistieron en el culto al César.

(viii) La llegada de Domiciano (81-96 d.C.) trajo un cambio radical. Era un demonio. Y lo peor de todo: un perseguidor de

sangre fría. Con la excepción de Calígula, fue el primer emperador que tomó en serio su divinidad y exigió el culto al César. La diferencia estaba en que Calígula era un demonio insensato, mientras que Domiciano era un demonio cuerdo, que es mucho más aterrador. Erigió un monumento al divinizado Tito, hijo del divinizado Vespasiano.» Inició una campaña de persecución cruel contra todos los que no adoraran a los antiguos dioses -«los ateos» los llamaba. En particular dirigió su odio contra los judíos y los cristianos. Cuando llegaba al teatro con su emperatriz, la multitud tenía que ponerse en pie y gritar: « ¡Toda la gloria para nuestro Señor y su Señora!» Actuaba como si fuera un dios. Informaba a todos los gobernadores de las provincias que los anuncios y las proclamaciones del gobierno tenían que empezar: «Nuestro Señor y Dios Domiciano ordena...» Cualquiera que se dirigiera a él de palabra o por escrito había de empezar: «Señor y Dios.»

Aquí tenemos el trasfondo del Apocalipsis. Por todo el imperio todos tenían que llamar diosa Domiciano -o morir. El culto al César era una política deliberada. Todos tenían que decir: « El César es Señor.» No había escapatoria.

¿Qué podían hacer los cristianos? ¿Qué esperanza tenían? No eran muchos de ellos sabios ni poderosos. No tenían ni influencia ni prestigio. Se había levantado contra ellos el poder de Roma, que ninguna nación había podido resistir. Se enfrentaban con la alternativa César o Cristo. Para animar a los cristianos en tales circunstancias se escribió Apocalipsis. Juan no cerraba los *ojos* a los terrores; vio cosas terribles que estaban sucediendo, y otras aún más terribles que se les echaban encima; pero por encima de ellas vio la gloria que esperaba a los que desafiaban al César en su amor a Cristo. Apocalipsis nos llega de una de las épocas más heroicas de toda la Historia de la Iglesia Cristiana. Es verdad que el sucesor de Domiciano, Nerva (96-98 d.C.), revocó aquellas leyes salvajes; pero el daño estaba hecho, los cristianos estaban fuera de la ley, y Apocalipsis es un toque de clarín a ser fieles hasta la muerte para ganar la corona de la vida.

UN LIBRO QUE VALE LA PENA ESTUDIAR

No se pueden cerrar los *ojos* a las dificultades del Apocalipsis. Es el libro más difícil de la Biblia; pero vale la pena estudiarlo, porque contiene la fe radiante de la Iglesia Cristiana en días en que la vida era una pura agonía y los creyentes esperaban el fin de los cielos y de la tierra que conocían, pero creían que más allá del terror estaba la gloria, y por encima de los hombres furiosos estaba el poder de Dios.

APOCALIPSIS

LA REVELACIÓN DE DIOS A LOS HOMBRES

Apocalipsis 1:1-3

Esta es la revelación que reveló Jesucristo, la revelación que Dios Le dio para que la mostrara a Sus siervos, la revelación que se refiere a las cosas que deben suceder próximamente. Esta revelación la envió y explicó Jesucristo por medio de Su ángel a Su siervo Juan, que dio testimonio de todo lo que vio de acuerdo con la palabra enviada por Dios y atestada por el testimonio que dio Jesucristo.

¡Bendito sea el que lea, y los que escuchen las palabras de esta profecía, y los que guarden las cosas que están escritas en ella! Porque el tiempo está cerca.

Este libro se llama en algunas versiones *Revelación* y en otras *Apocalipsis*. Empieza con las palabras «La revelación de Jesucristo,» lo que quiere decir, no la revelación *acerca de* Jesucristo, sino la revelación hecha *por* Jesucristo. La palabra griega para *revelación* es *apokálypsis*, que tiene una larga historia.

(i) *Apokálypsis* se compone de dos partes. *Apo* quiere decir *lejos de*, y *kálypsis* es *un velo*. *Apokálypsis* quiere decir, por tanto, *desvelar, revelar*. No era en un principio una palabra religiosa; quería decir sencillamente el des-cubrimiento de cualquier hecho. Plutarco la usa de una manera interesante en *Cómo distinguir a un adulator de un amigo*, 32. Cuenta que una vez Pitágoras regañó mucho en público a un discípulo

suyo muy fiel, y este fue y se ahorcó. «Desde aquel momento Pitágoras no volvió a regañar nunca a nadie cuando había alguien más presente. Porque el error se ha de tratar como una enfermedad repulsiva, y toda amonestación y revelación (*apokálypsis*) debe hacerse en secreto.» Pero *apokálypsis* llegó a ser una palabra especialmente cristiana.

(ii) Se usa para la revelación de la voluntad de Dios en relación con lo que tenemos que hacer en un momento dado. Pablo dice que subió a Jerusalén por *apokálypsis*. Es decir, que fue porque Dios le hizo saber que eso era lo que Él quería que hiciera (*Gálatas 2:2*).

(iii) Se usa de la revelación de la verdad de Dios a los hombres. Pablo no había recibido su Evangelio de los hombres, sino por *apokálypsis* de Jesucristo (*Gálatas 1:12*). En la asamblea cristiana, el mensaje del predicador es una *apokálypsis* (*1 Corintios 14:6*).

(iv) Se usa de la revelación que hace Dios a los hombres de Sus propios misterios, especialmente en la Encarnación de Jesucristo (*Romanos 16:25; Efesios 3:3*).

(v) Se usa específicamente de la revelación del poder y de la santidad de Dios que ha de venir en los últimos tiempos. Ese será un desvelamiento de juicio (*Romanos 2:5*); pero para los cristianos lo será de alabanza y de gloria (*1 Pedro 1:7*); de gracia (*1 Pedro 1:13*); de gozo (*1 Pedro 4:13*).

Antes de recordar usos más técnicos de *apokálypsis* debemos notar dos cosas.

(i) Esta revelación está conectada especialmente con la obra del Espíritu Santo (*Efesios 1:17*).

(ii) No podemos por menos de ver que aquí tenemos un cuadro de la totalidad de la vida cristiana. No hay parte de ella que no sea iluminada por la revelación de Dios. Dios nos revela lo que hemos de decir y hacer; en Jesucristo, Él Se nos revela a Sí mismo, porque el que ha visto a Jesucristo ha visto al Padre (*Juan 14:9*); y la vida discurre hacia la gran revelación final en la que habrá juicio para los que no se hayan sometido a Dios, pero gracia y gloria y gozo para los que estén en

Jesucristo. La revelación no es una idea técnica teológica; es lo que Dios está ofreciéndoles a todos los que Le quieran escuchar.

Veamos ahora el sentido técnico de *apokálypsis*, que está especialmente conectado con este libro.

Los judíos hacía mucho que habían dejado de esperar que serían vindicados como el pueblo escogido por medios humanos. En este tiempo ya no esperaban nada menos que una directa intervención de Dios. En ese sentido dividían la historia del tiempo en dos edades -*esta edad presente*, totalmente entregada al mal; y la *edad por venir*, la edad de oro de Dios. Entre las dos habría de haber un tiempo de prueba terrible. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos, los judíos escribieron muchos libros que eran visiones del tiempo terrible del fin, y de la bendición que vendría después. Estos libros se llamaban *Apokálypses*; y eso es lo que es el *Apocalipsis*. Aunque no hay otro como él en el Nuevo Testamento, pertenece a una clase de literatura que fue muy abundante entre los Testamentos. Todos esos libros son peregrinos e ininteligibles, porque tratan de describir lo indescriptible. El mismo tema del *Apocalipsis* nos da la razón de su dificultad.

LOS INTERMEDIARIOS DE LA REVELACIÓN DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (continuación)

Esta breve sección nos presenta un relato conciso acerca de cómo llega a los hombres la revelación de Dios.

(i) La revelación tiene su origen en Dios, fuente de toda verdad. Toda verdad que descubren las personas es dos cosas: un descubrimiento de la mente humana, y un don de Dios. Pero se debe tener presente siempre que las personas no *crean* la verdad siná que *la reciben* de Dios. Y también debemos tener presente que esa recepción se realiza de dos maneras. Es el

resultado de *una búsqueda sincera*. Dios nos ha dado la mente a las personas, y es a menudo a través de la mente como nos habla. No le concede Su verdad al que es demasiado perezoso para pensar. Y viene tras *una espera reverente*. Dios envía Su verdad a la persona que, no solo piensa intensamente, sino que también espera reposadamente en oración y devoción. Pero hay que recordar que la oración y la devoción no son meramente pasivas. Consisten en estar consagradamente a la escucha de la voz de Dios.

(ii) Dios da Su revelación a Jesucristo. La Biblia nunca, como si dijéramos, hace de Jesús un segundo Dios; más bien subraya Su absoluta dependencia de Dios. « Mi enseñanza -dijo Jesús-, no es mía, sino del Que Me envió» (*Juan 7:16*). «Yo no hago nada por Mí mismo, sino que, según Me enseñó el Padre, así hablo» (*Juan 8:28*). «Yo no hablo por Mi propia cuenta; el Padre, Que Me envió, Él Me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar» (*Juan 12:49*). Es la verdad de Dios lo que Jesús trae a los hombres; y por eso Su enseñanza es única y definitiva.

(iii) Jesús envía Su revelación a Juan por medio de Su ángel (*Apocalipsis 1:1*). Aquí se muestra el autor de *Apocalipsis* como un hijo de su tiempo. En aquel tiempo de la Historia los hombres eran especialmente conscientes de la trascendencia de Dios. Es decir, les impresionaba sobre todas las cosas la diferencia que hay entre Dios y el hombre. Hasta tal punto que creían que era imposible la comunicación directa entre Dios y el hombre, y que siempre había de haber algún intermediario. En la historia del Antiguo Testamento, Moisés recibió la Ley directamente de las manos de Dios (*Éxodo 19 y 20*); pero dos veces se nos dice en el Nuevo Testamento que la Ley fue dada por medio de ángeles (*Hechos 7:53; Gálatas 3:19*).

(iv) Por último, la revelación se le da a Juan. Es muy alentador recordar el papel que representan las personas en la llegada de la revelación de Dios. Dios tiene que encontrar una persona para confiarle Su verdad y usarla como Su boca.

(v) Notemos ahora *el contenido* de la revelación que viene

a Juan. Es la revelación de «las cosas que deben suceder próximamente» (*Apocalipsis 1:1*). Hay aquí dos palabras importantes. Está la palabra *deben*. La Historia no es un mero azar; tiene un propósito. Y está la palabra *próximamente*. Aquí tenemos la prueba de que es totalmente equivocado usar el *Apocalipsis* como una especie de horario misterioso de lo que fuera a ocurrir miles de años después. Según lo ve Juan, las cosas de que trata están para desarrollarse inmediatamente. El *Apocalipsis* debe interpretarse sobre el trasfondo de su propio tiempo.

LOS SIERVOS DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (continuación)

Dos veces aparece la palabra *siervo* en este pasaje. La revelación de Dios les fue enviada a Sus *siervos* por medio de *Su siervo* Juan. En griego es *dulos*, y en hebreo *ébed*, que son difíciles de traducir satisfactoriamente. La traducción normal de *dulos* es *siervo, esclavo*. El verdadero obrero de Dios es de hecho Su *esclavo*. Un obrero puede dejar su empleo cuando quiera; tiene horas fijas de trabajo y también fuera del trabajo; trabaja por un sueldo; tiene una mente propia, y puede llegar a un convenio en cuanto a cuándo y a qué dedicar su trabajo. Un siervo no puede hacer ninguna de esas cosas: es la posesión absoluta de su amo, y no tiene ni voluntad ni tiempo propios. *Dulos* y *ébed* expresan lo absolutamente que debemos rendirle nuestra vida a Dios.

Es de sumo interés notar a quiénes se aplican estas palabras en la Escritura.

Abraham era un siervo de Dios (*Génesis 26:24; Salmo 105:26; Daniel 9:11*). Jacob era un siervo de Dios (*Isaías 44: 1 s; 45:4; Ezequiel 37: 25*). Caleb y Josué eran siervos de Dios (*Números 14:24; Josué 24:29; Jueces 2:8; 2 Crónicas 24:6; Nehemías 1: 7; 10:29; Salmo 105:26; Daniel 9:11*). David

ocupa el segundo lugar, inmediatamente después de Moisés, como siervo típico de Dios (*Salmo 132:10; 144:10; 1 Reyes 8:66; 11:36; 2 Reyes 19:34; 20:6; 1 Crónicas 17:4*; en los epígrafes de los *Salmos 18 y 36; Salmo 89:3; Ezequiel 34:24*). Elías era un siervo de Dios (*2 Reyes 9:36; 10:10*). Isaías era un siervo de Dios (*Isaías 20:3*). Job era un siervo de Dios (*Job 1:8; 42:7*). Los profetas eran siervos de Dios (*2 Reyes 21:10; Amós 3: 7*). Los apóstoles eran siervos de Dios (*Filipenses 1:1; 7to 1:1; Santiago 1:1; Judas 1:1; Romanos 1:1; 2 Corintios 4:5*). Un hombre como Epafras era un siervo de Dios (*Colosenses 4:12*). Todos los cristianos son también siervos de Dios (*Efesios 6:6*).

De esto se deducen dos cosas.

(i) Los hombres más importantes consideraban su más alto honor el hecho de ser siervos de Dios.

(ii) Debemos notar la amplitud de este servicio: Moisés, el legislador; Abraham, el aventurero peregrino; David, el zagal, el dulce cantor de Israel, el rey de la nación; Josué y Caleb, soldados y hombres de acción; Elías e Isaías, profetas y hombres de Dios; Job, fiel en la adversidad; los apóstoles, que comunicaron a la humanidad la historia de Jesús; todos los cristianos - somos todos *siervos de Dios*. No hay nadie a quien Dios no pueda usar si se somete a Su servicio.

LOS BENDITOS DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (conclusión)

Este pasaje finaliza con una bendición triple.

(i) La persona que lea estas palabras será bienaventurada o bendita. El *lector* que se menciona aquí no es el lector privado, sino el que lee públicamente la Palabra de Dios en presencia de la congregación. La lectura de la Escritura era el centro de cualquier culto judío (*Lucas 4:16; Hechos 13:15*). La Escritura se leía en las sinagogas judías a la congregación

por siete miembros normales de la misma, aunque si estaban presentes un sacerdote o un levita se les concedía prioridad. La Iglesia Cristiana adoptó esta costumbre del orden de la sinagoga, y la lectura de la Escritura siguió ocupando una parte central del culto. Justino Mártir nos ha dejado la descripción más antigua de cómo era un culto en la Iglesia Primitiva; e incluía la lectura de «las memorias de los apóstoles (es decir, los evangelios) y los escritos de los profetas» (*Justino Mártir 1:67*). El de *lector* llegó a ser con el tiempo un cargo oficial en la Iglesia. Una de las quejas de Tertuliano sobre las sectas heréticas era la manera en que una persona podía llegar demasiado pronto a un cargo sin tener la debida formación. Escribe: «Así es que sucede que hoy hace uno de obispo, y mañana otro; hoy es uno diácono, y mañana *lector* (Tertuliano, *Sobre la prescripción contra los herejes*, 41).

(ii) La persona que oiga estas palabras será bendita. Haremos bien en recordar cuán gran privilegio es escuchar la palabra de Dios en nuestra propia lengua, privilegio por el que se ha pagado un precio muy elevado. Ha habido quienes han muerto para que pudiéramos tenerlo; y el clero profesional luchó mucho tiempo para reservárselo. Hasta el día de hoy se sigue luchando para dar las Escrituras en su propia lengua a todo el mundo.

(iii) El que guarde estas palabras será bendito. Oír la Palabra de Dios es un privilegio; obedecerla, es un deber. No es un cristiano verdadero el que oye la Palabra y la olvida o descuida deliberadamente. (Cp. *Mateo 7:26s*).

Esto es mucho más relevante porque el tiempo es corto. El tiempo del cumplimiento está cercano (versículo 3). La Iglesia Original vivía en la expectación de la Segunda Venida de Jesucristo, y esa expectación era «la base de la esperanza en la adversidad y de la constante llamada a mantenerse alerta.» Totalmente aparte de eso, nadie sabe cuando recibirá la llamada para salir de este mundo; y, para encontrarse con Dios con confianza, se ha de añadir al escuchar con el oído el obedecer con toda la vida.

Hay siete *benditos o bienaventurados* en *Apocalipsis*.

(i) Están los *bienaventurados* que acabamos de estudiar. Podemos llamar a esta la bendición de leer, escuchar y obedecer la Palabra de Dios.

(ii) Son bienaventurados los que mueran en el Señor desde ahora en adelante (14:13). Podríamos llamar a esta la bienaventuranza en el Cielo de los amigos de Cristo en la Tierra.

(iii) Es bienaventurado el que se mantiene alerta y guarda sus vestiduras (16:15). Podríamos llamarla la bienaventuranza del peregrino vigilante.

(iv) Son bienaventurados los que están invitados a la cena de bodas del Cordero (19:9). Podríamos llamarla la bienaventuranza de los convidados de Dios.

(v) Es bienaventurada la persona que forma parte de la primera resurrección (20:6). Podríamos llamarla la bienaventuranza de la persona a la que no la puede tocar la muerte.

(vi) Es bienaventurado el que guarde las palabras de la profecía de este libro (22:7). Podríamos llamarla la bienaventuranza del lector sabio de la Palabra de Dios.

(vii) Son bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas de la ciudad celestial (22:14). Podríamos llamarla la bienaventuranza de los que viven con limpieza conforme a la voluntad de Dios.

Esta bendición se ofrece a todos los cristianos.

EL MENSAJE Y SUS DESTINATARIOS

Apocalipsis 1:4-6

Aquí Juan, escribiendo a las siete iglesias que hay en Asia: Que la gracia sea con vosotros, y la paz, de El Que Es y Era y Ha De Venir, y de los siete Espíritus que están delante de Su trono, y de Jesucristo, el Testigo fidedigno, el Primogénito de entre los muertos, el Soberano de los reyes de la tierra. AL Que nos ama, y nos

ha hecho libres de nuestros pecados al precio de Su propia sangre, y nos ha constituido en un reino de sacerdotes para Su Dios y Padre, a Él sean la gloria y el dominio para siempre. Amén.

Apocalipsis es una carta, escrita a las siete iglesias que hay en Asia. En el Nuevo Testamento, Asia no es el continente, sino la provincia romana. Había sido en tiempos el reino de Atalo 111, que se lo había legado a los romanos en su testamento. Incluía la costa occidental de Asia Menor, a orillas del Mediterráneo, limitando con Frigia, Misisia, Caria y Licia hacia el interior; y su capital era la ciudad de Pérgamo.

Las siete iglesias se nombran en el versículo 11: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Estas no eran las únicas iglesias que había en Asia. Había también en Colosas (*Colosenses 1:2*); Hierápolis (*Colosenses 4:13*); Tróade (*2 Corintios 2:12*; *Hechos 20: 5*); Mileto (*Hechos 20:17*); Magnesia y Tralles, como se ve por las cartas de Ignacio, obispo de Antioquía. ¿Por qué especificó Juan solamente estas siete? Puede que haya más de una razón para esta selección.

(i) Estas iglesias se podrían considerar los centros de siete distritos postales, colocadas en una especie de carretera circular que recorría el interior de la provincia. Tróade estaba fuera de las rutas comentadas; pero Hierápolis y Colosas estaban a una distancia de a pie de Laodicea; y Tralles, Magnesia y Mileto estaban cerca de Éfeso. Las cartas que llegaran a estas siete ciudades podrían circular fácilmente por las zonas circundantes; y como las cartas se tenían que escribir a mano, cada una se mandaría adonde pudiera alcanzar más fácilmente al mayor número de lectores.

(ii) Una lectura, aunque sea de corrido, de *Apocalipsis*, muestra la preferencia que tiene Juan por el número siete. Aparece cincuenta y cuatro veces. Hay siete candelabros (1:12), siete estrellas (1:16), siete lámparas (4:5), siete sellos (5:1), siete cuernos y siete ojos (5:6), siete truenos (10:3), siete

ángeles, siete plagas y siete copas (15:6-8). Los pueblos antiguos consideraban el siete como el número perfecto; y se encuentra por todo *Apocalipsis*.

De este hecho sacaron algunos de los primeros intérpretes una conclusión interesante. Siete es el número perfecto porque representa *la plenitud*. Por tanto, se sugiere que cuando Juan escribió a las *siete* iglesias, de hecho estaba escribiendo a *toda* la Iglesia en general. La primera lista que ha llegado a nosotros de los libros del Nuevo Testamento, que es el *Canon de Muratori*, dice de *Apocalipsis*: «Porque también Juan, aunque escribió en *Apocalipsis* a siete iglesias, sin embargo habla a todas ellas.» Esto resulta aún más probable si recordamos lo que Juan repite: «El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu les dice a las iglesias» (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22).

(iii) Aunque las razones que hemos aducido para esta elección de siete iglesias pueda ser válida, todavía puede serlo más el que las escogiera porque tuviera una responsabilidad especial en ellas; que fueran, en un sentido especial, sus iglesias, y que al dirigirse a ellas en primer lugar mandaba su mensaje a los que más conocía y amaba, y a partir de ellos a todas las iglesias de todos los tiempos.

LA BENDICIÓN Y SU ORIGEN

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

Empieza mandándoles la bendición de Dios.

Les manda *la gracia*, que quiere decir todos los dones inmerecidos del amor maravilloso de Dios. Les envía *la paz*, que R. H. Charles describe hermosamente como «la armonía entre Dios y el hombre restaurada mediante Cristo.» Pero hay dos cosas extraordinarias en este saludo.

(i) Juan envía la bendición de El Que Era, y Es, y Ha De Venir. Ese es ya en sí un título corriente de Dios. En Éxodo 3:14, la palabra de Dios a Moisés es: «Yo soy el Que soy.»

Los rabinos judíos explicaban esta frase diciendo que Dios quería decir: «Yo fui; Yo sigo siendo, y seré en el futuro.» Los griegos decían de «Zeus que fue, que es, y que será.» Los adoradores órficos decían: «Zeus es el primero y Zeus es el último; Zeus está a la cabeza y Zeus está en el centro; y de Zeus proceden todas las cosas.» Eso es lo que *Hebreos* dice tan hermosamente: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (*Hebreos* 13:8).

Pero para obtener el significado total de esto debemos considerarlo en griego, porque Juan revienta aquí los límites de la gramática para mostrar su reverencia hacia Dios. Traducimos la primera frase por *de El Que Es*; en español es bastante correcto, pero no en griego. Un nombre o pronombre griego está en caso nominativo cuando es el sujeto de la oración; pero, cuando lleva delante una preposición, cambia de caso y *de forma*, como sucede en español con yo, que se cambia en *me o mí* cuando es complemento. Cuando Juan dice que la bendición viene *de El Que Es -ho ón*, participio del verbo *ser-*, debería haberlo puesto en genitivo después de la preposición *de*; pero, contra la ley de la gramática, lo deja en la forma del nominativo. Es como si pusiéramos en español *de yo*, en vez de *mí*. Juan tiene tal respeto a Dios que se niega a alterar Su nombre aunque lo exijan las reglas gramaticales.

Y no acaba aquí el uso alucinante que hace Juan del lenguaje. La segunda frase es *de El Que Era*. Lo mismo que en la frase anterior, *El Que Era* debería ser en griego un participio; pero lo curioso es que el verbo *eimí, ser*, no tiene participio pasado, en lugar del cual se usa *guenómenos*, del verbo *guígnomai*, que quiere decir no solo *ser* sino también *llegar a ser*. *Llegar a ser* implica cambio, y Juan se niega en redondo a aplicarle a Dios una palabra que implique cambio; así es que usa una frase griega que es gramaticalmente imposible y que no se había usado nunca.

En los días terribles en que estaba escribiendo, Juan afirmaba su corazón en la inmutabilidad de Dios, y desafiaba la gramática para hacer hincapié en su fe.

EL ESPÍRITU SÉPTUPLO

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

Cualquiera que lea este pasaje no podrá por menos de sorprenderse de la manera en que se nos presenta aquí la Trinidad. Hablamos de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aquí tenemos a Dios el Padre, y a Jesucristo el Hijo; pero en vez del Espíritu Santo nos encontramos con los *siete Espíritus que* están delante de *Su trono*. Estos siete Espíritus se mencionan más de una vez en Apocalipsis (3:1; 4:5; 5:6). A esto se han ofrecido tres explicaciones principales.

(i) Los judíos hablaban de los siete ángeles de la presencia, a los que daban el bonito nombre de «los primeros siete blancos» (1 Henoc 90:21). Eran lo que solemos llamar los arcángeles, que «están al servicio de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria» (Tobías 12:15, N.B.E.). No siempre se les dan los mismos nombres, pero los más corrientes son Uriel, Rafael, Ragüel, Miguel, Gabriel, Saicael y Jeremiel. Estaban a cargo de los elementos del mundo -fuego, aire y agua- y eran los ángeles de la guarda de las naciones. Eran los más ilustres y los más íntimos servidores de Dios. Algunos intérpretes creen que son los siete Espíritus que se mencionan aquí; pero eso no puede ser, porque, por muy grandes que fueran los arcángeles, eran seres creados.

(ii) La segunda explicación los relaciona con el famoso pasaje de *Isaías* 11:2, que decía en la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento: «El Espíritu del Señor reposará sobre Él, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de piedad; por este Espíritu estará lleno del temor de Dios.» Este pasaje es la base de la gran concepción de los *séptuplos dones del Espíritu* que aparece en la liturgia y en la himnología cristiana.

El Espíritu, como decía Beato, es uno en nombre pero séptuplo en virtudes. Si pensamos en el séptuplo don del Espíritu no nos es difícil pensar en el Espíritu como siete

Espíritus, cada uno el dador de un gran don a la humanidad. Así es que se ha sugerido que la concepción de los séptuplos dones del Espíritu fue el origen de la idea de los siete Espíritus que están delante del trono de Dios.

(iii) La tercera explicación conecta la idea de los siete Espíritus con las siete iglesias. En *Hebreos* 2:4 leemos que Dios da «repartimientos del Espíritu Santo.» La palabra original ahí es *merismós*, que quiere decir *porciones*, como si la idea fuera que Dios reparte Su Espíritu entre las personas. Así es que la idea aquí sería que los siete Espíritus representan la porción del Espíritu que Dios dio a cada una de las siete iglesias. Querría decir qué no se deja a ninguna comunión cristiana sin la presencia y el poder y la iluminación del Espíritu Santo.

LOS TÍTULOS DE JESÚS

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

En el presente pasaje se le aplican a Jesucristo tres grandes títulos.

(i) Es el Testigo al que podemos dar crédito. Es una idea favorita del Cuarto Evangelio que Jesús es testigo de la verdad de Dios. Jesús le dijo a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo que de lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos» (Juan 3:11). Y a Pilato: «Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan 18:37). Un testigo es esencialmente una persona que habla de algo que conoce de primera mano. Por eso Jesús es el testigo de Dios. Es la Persona que tiene un conocimiento exclusivo y de primera mano de Dios.

(ii) Es el Primogénito de entre los muertos. La palabra original para *primogénito* es *prótótokos*, que puede tener dos significados. (a) Puede querer decir literalmente *primer nacido*. Si se usa en este sentido, se refiere a la Resurrección. Mediante

Su Resurrección Jesús obtuvo una victoria sobre la muerte de la que pueden participar todos los que creen en Él. (b) Como el primogénito era el hijo que heredaba el honor y el poder del padre, *prótótokos* viene a querer decir *Uno con poder y honor, Que ocupa el primer lugar*, un príncipe entre los seres humanos. Cuando Pablo Le llama a Jesús el Primogénito de toda la Creación (*Colosenses 1:15*), quiere decir que Le corresponde a Él el primer lugar de honor y de gloria. Si tomamos la palabra en este sentido -como probablemente debemos- quiere decir que Jesús es el Señor de los que ya han muerto como lo es de los que todavía están vivos. No hay parte del universo, de este mundo ni de ningún otro, ni de la vida ni de la muerte, de la que Jesucristo no sea Señor.

(iii) Es el Soberano de los reyes de la tierra. Aquí debemos notar dos cosas. (a) Hay aquí una reminiscencia del *Salmo 89:27*: « Yo también Le pondré por Primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.» Los eruditos judíos siempre consideraron que aquí se hacía referencia al Mesías por venir; y por consiguiente, decir que Jesús es el Soberano de los reyes de la tierra es proclamarle el Mesías. (b) Swete señala hermosamente la conexión entre este título de Jesús y el relato de Sus tentaciones en el desierto, en el que se nos dice que el Diablo subió a Jesús a una montaña muy alta y Le mostró todos los reinos de la tierra y su gloria, y Le dijo: « Te los daré todos si Te postras y me rindes pleitesía» (*Mateo 4:8s; Lucas 4:6s*). El Diablo pretendía que se le habían entregado a él todos los reinos de la tierra (*Lucas 4:6*); y Le hacía la propuesta a Jesús que, si hacía un trato con él, le daría una parte, en ellos. Lo alucinante es que lo que Le propuso el Diablo a Jesús -que no habría podido cumplir-, lo ganó Jesús para Sí por el sufrimiento de la Cruz y el poder de la Resurrección. Sin componendas con el mal, sino mediante la lealtad inquebrantable y el amor indefectible con que aceptó la Cruz, Jesús llegó al señorío universal.

LO QUE HIZO JESÚS POR LA HUMANIDAD

Apocalipsis 1:4-6 (conclusión)

Pocos pasajes presentan con igual esplendor lo que hizo Jesús por la humanidad.

(i) El nos ama y nos hace libres de nuestros pecados al precio de Su propia sangre. La Reina-Valera comete aquí un error. Dice: «Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con Su sangre...» Las palabras para *lavar* y *libertar* son muy semejantes en griego. *Lavar* es *lúein*, y *libertar* es *lyein*; pero no cabe duda de que los manuscritos griegos más antiguos y mejores ponen *lyein*. También *con Su sangre* es una traducción defectuosa. La palabra que se traduce por *con* es en griego *en*, que aquí es una traducción del hebreo *be*, que quiere decir *al precio de*.

Lo que Jesús hizo, según lo veía Juan, es que nos libertó de nuestros pecados al precio de Su propia sangre. Esto es exactamente lo que dice más adelante cuando habla de los que fueron redimidos por Dios por la sangre del Cordero (5:9). Es exactamente lo que Pablo quería decir cuando hablaba de que hemos sido *redimidos* de la maldición de la Ley (*Gálatas 3:13*); y cuando hablaba de *redimir* a los que estaban bajo la Ley (*Gálatas 4:5*). En estos casos la palabra que se usa es *exagorázein*, que quiere decir *sacar algo comprándolo*, es decir, pagar el precio para comprar a una persona o cosa sacándola de la posesión del que la tenía bajo su poder.

Esta es una corrección muy interesante e importante a la versión Reina-Valera. Se encuentra en todas las traducciones más recientes -N.B.E.'75; R-V'77 CLIE; R.VA.'1989, etc., etc.- lo que quiere decir que las frases trilladas como «ser lavados en la sangre del Cordero» tienen poca base escritural. Esas frases pintaban un cuadro inquietante; y puede que traiga un cierto alivio a muchos el saber que lo que dijo Juan fue que somos libertados del poder de nuestros pecados al precio de la sangre, es decir, de la vida ofrendada de Jesucristo.

Aquí hay otra cosa muy significativa. Debemos poner atención en los tiempos de los verbos. Juan dice que Jesús nos *ama* y nos *libertó*. *Ama* está en *el presente*, y *quiere* decir que el amor de Dios en Jesucristo es constante e invariable. Nos *libertó* está en el pasado, el aoristo en griego, lo que indica que es una acción completada en el pasado, y quiere decir que en el único acto de la Cruz se logró nuestra liberación del pecado. Es decir, que lo que sucedió en la Cruz fue una acción definitiva y eficaz en el tiempo, que era la expresión del amor eterno de Dios.

(ii) Jesús nos ha constituido en un reino y nos ha hecho sacerdotes de Dios. Esta es una cita de *Éxodo 19:6*: < *Vosotros Me seréis un reino de sacerdotes y gente santa.*» Jesús ha hecho dos cosas por nosotros.

(a) Nos ha conferido la realeza. Por medio de Él llegamos a ser verdaderos hijos de Dios; y si somos hijos del Rey de los reyes, pertenecemos a un linaje de realeza sin igual.

(b) Nos ha constituido sacerdotes. El tema es el siguiente. Bajo la antigua dispensación, el sacerdote era el único que tenía derecho de acceso a Dios. Cuando un judío entraba en el Templo, podía atravesar el Atrio de los Gentiles, el Atrio de las Mujeres y el Atrio de los Israelitas -pero allí se tenía que detener; no podía entrar en el Atrio de los Sacerdotes, ni acercarse más al Lugar Santísimo. En la visión de los grandes días por venir, Isaías había dicho: «Se os llamará sacerdotes del Señor» (*Isaías 61:6*). Ese día, todos los del pueblo serían sacerdotes y tendrían acceso a Dios. Eso es lo que Juan quería decir; en virtud de lo que Jesucristo ha hecho, está abierto el acceso a la presencia de Dios para todas las personas. Existe el sacerdocio de todos los creyentes. Podemos acudir con confianza al Trono de la Gracia (*Hebreos 4:16*), porque tenemos un camino nuevo y vivo a la presencia de Dios (*Hebreos 10:19-22*).

LA GLORIA POR VENIR

Apocalipsis 1:7

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo Le verá, y Le verán los que Le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán por Él. ¡Sí! ¡Amén!

Desde ahora en adelante tendremos que notar en casi todos los pasajes el uso que hace Juan constantemente del Antiguo Testamento. Estaba tan empapado del Antiguo Testamento que casi no podía escribir un párrafo sin citarlo. Esto es interesante y significativo. Juan vivía en un tiempo cuando ser cristiano era estar en constante peligro de muerte. Él mismo experimentó el destierro y la cárcel y los trabajos forzados; y muchos experimentaron la muerte en sus formas más crueles. La mejor manera de mantener el coraje y la esperanza en tal situación era recordar que Dios no había fallado nunca en el pasado; y que Su poder no había disminuido en el presente.

En este pasaje presenta Juan el lema y el texto de todo su libro, su confianza en el glorioso retorno de Cristo, Que había de rescatar a los angustiados cristianos de la crueldad de sus enemigos.

(i) Para los cristianos, el retorno de Cristo es *una promesa con la que alimentan sus almas*. Juan toma su imagen del retorno de la visión de *Daniel* de los cuatro poderes bestiales que han mantenido el mundo en sus garras (*Daniel 7:1-14*). Estaban Babilonia, la potencia que era como un león con alas de águila (7:4); Persia, la potencia que era como un oso salvaje (7:5); Grecia, la potencia que era como un leopardo con cuatro alas (7:6). Y estaba Roma, la bestia de dientes de hierro, realmente indescriptible (7:7). Pero el día de estas potencias bestiales llegó a su fin, y se le dio el dominio a un poder benigno como un hijo de hombre. «Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de Días, y le hicieron

acercarse delante de Él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran» (7:13s). Es de ese pasaje de *Daniel* de donde procede la frecuente imagen del Hijo del Hombre que viene en las nubes (*Marcos 13:26; 14:62; Mateo 24:30; 26:64*). Cuando lo despojamos de sus aderezos puramente temporales -por ejemplo, ya no pensamos en el Cielo como un lugar ubicado por encima de los cielos- nos quedamos con la verdad inalterable de que llegará un día cuando Jesucristo será el Señor de todo el universo. En esa esperanza ha estado la fuerza y el consuelo de los cristianos para los que la vida era difícil y su fe los llevaba a la muerte.

(ii) Para Sus enemigos, *el retorno de Cristo es una amenaza*. Para aclarar este punto, Juan cita otra vez el Antiguo Testamento, en *Zacarías 12:10*: «Cuando miren al que traspasaron, harán duelo por él como se haría por un hijo único, y le llorarán amargamente como se llora a un primogénito.» La historia que hay detrás del dicho de *Zacarías* es que Dios le había dado a Su pueblo un buen pastor; pero el pueblo, en su desobediente locura, le mató, y se buscaron pastores malvados y egoístas. Pero llegaría un día cuando, por la gracia de Dios, se arrepentirían con dolor, y ese día se acordarían del buen pastor al que habían traspasado, y lamentarían apesadumbrados su pérdida y lo que le habían hecho. Juan toma esta imagen, y se la aplica a Jesús. Los hombres Le crucificaron; pero llegará el día cuando Le vean otra vez, y entonces Él no será una figura quebrantada en una cruz, sino una figura regia a la que se haya entregado el dominio universal.

La primera referencia de estas palabras es a los judíos y a los romanos que crucificaron de hecho a Jesús. Pero en todo tiempo, todos los que pecan Le crucifican otra vez. Llegará el día cuando los que despreciaron y se opusieron a Jesucristo Le verán como Señor del universo y juez de sus almas.

Juan cierra el pasaje con dos exclamaciones: « ¡Sí, desde luego! ¡Que sea así!» Al usar la expresión tanto en griego como en hebreo, Juan subraya su terrible solemnidad.

EL DIOS EN QUIEN CONFIAMOS

Apocalipsis 1:8

Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el Que es y el Que era y el Que ha de venir, el Todopoderoso.

Aquí tenemos una descripción maravillosa del Dios en Quien confiamos y al Que adoramos.

(i) Es el alfa y la omega. *Alfa* es la primera letra, y *omega* la última del alfabeto griego; y la frase *de alfa a omega* expresa plenitud. La primera letra del alfabeto hebreo es el *álef*, y la última la *tau*; y los hebreos tenían un dicho paralelo. Los rabinos decían que Adán transgredió la Ley del *álef* ala *tau*, y que Abraham la cumplió del *álef* ala *tau*. Decían que Dios había bendecido a Israel del *álef* ala *tau*. Esta expresión indica que Dios es absolutamente completo: tiene en Sí lo que llamaba H. B. Swete «la vida ilimitada que lo abarca y lo trasciende todo.»

(ii) Dios es el Que es y el Que era y el Que ha de venir. Es decir: es el Eterno. Era antes de que empezara el tiempo; es ahora, y seguirá siendo cuando acabe el tiempo. Ha sido el Dios de todos los que han confiado en Él; es el Dios en Quien podemos poner nuestra confianza en el momento presente, y no puede haber ningún acontecimiento ni tiempo en el futuro que nos pueda separar de Su amor. «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor que Dios nos ha mostrado en Jesucristo nuestro Señor» (*Romanos 8:38s*).

(iii) Dios es Todopoderoso. La palabra griega para Todopoderoso es *Pantokrátór*, que describe al Que tiene dominio sobre todas las cosas.

Es un hecho sugestivo que esta palabra aparece siete veces en el Nuevo Testamento. Se encuentra una vez en *2 Corintios*

6:18 en una cita del Antiguo Testamento, y las otras seis en *Apocalipsis*. Esta palabra es característica de Juan. Pensemos en las circunstancias en que estaba escribiendo. El poder aguerrido de Roma se había erguido para aplastar a la Iglesia Cristiana. Ningún imperio había podido resistir a Roma; ¿qué posibilidad podía tener «el rebañito jadeante y acurrucado cuyo crimen era Cristo?» Humanamente hablando, la Iglesia Cristiana no podía sobrevivir; pero, si los hombres pensaban de esa manera era porque dejaban fuera de sus cálculos el Factor más importante: Dios el *Pantokrátór*, en Cuya mano están absolutamente todas las cosas.

Esta es la palabra que describe en el Antiguo Testamento griego al Señor de Sabaot, el Señor de los Ejércitos (*Amós* 9:5; *Oseas* 12:5). Es la palabra que usa Juan en el texto extraordinario: «¡El Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!» (*Apocalipsis* 19:6).

A las personas que están en las manos de Dios, nada ni nadie Se las puede arrebatar. Si tal Dios está detrás de la Iglesia Cristiana, mientras la Iglesia sea fiel a Su Señor nada ni nadie la podrá destruir.

*Castillo fuerte es nuestro Dios - defensa y buen escudo;
con Su poder nos libraré - en este trance agudo.
Con furia y con afán - acósanos Satán.
Por armas deja ver - astucia y gran poder,
cual él no hay en la Tierra.
Nuestro valor es nada aquí, - por él todo es perdido,
mas por nosotros lucharé - de Dios el Escogido.
¿Sabéis Quién es? ¡Jesús, - el Que venció en la Cruz,
Señor de Sabaot! - Y pues Él solo es Dios,
Él triunfa en la batalla.*

POR LA TRIBULACIÓN AL REINO

Apocalipsis 1:9

Yo Juan, vuestro hermano y camarada en la tribulación, en el Reino y en esa resistencia inalterable que sólo la vida en Cristo puede dar, estaba en la isla que se llama Patmos por causa de la Palabra que Dios nos dio y que Jesucristo nos confirmó.

Juan se presenta, no con títulos oficiales sino como *vuestro hermano y camarada en la tribulación*. Basaba su derecho a hablar en el hecho de haber pasado por todo lo que estaban pasando los destinatarios de su mensaje. Ezequiel escribe en su libro: «Y vine a los cautivos en Tel-Aviv, que moraban junto al río Quebar, y me senté allí atónito junto a ellos» (*Ezequiel* 3:15). Nadie escuchará a uno que predique resistencia desde un cómodo sillón, o coraje heroico desde una prudente seguridad. Sólo puede ayudar a los que están pasando pruebas el que las ha pasado en persona. Como dicen los indios: «Nadie puede criticar a otro hasta andar un día en sus mocasines» -«hasta estar en su pellejo.» Juan y Ezequiel podían hablar porque se habían sentado donde sus hermanos.

Juan agrupa tres palabras: tribulación, reino y resistencia inalterable. *Tribulación* es en griego *thlipsis*. Originalmente quiere decir sencillamente *presión*, y *podría* describir, por ejemplo, el peso de una losa sobre el cuerpo de una persona. En un principio se usaba literalmente, pero en el Nuevo Testamento llegó a significar la presión de acontecimientos tales como la persecución. *La resistencia inalterable es hypomoné*, que no se refiere a la paciencia que se somete pasivamente a la marea de los acontecimientos, sino que describe el espíritu de coraje y conquista que impulsa a la caballerosidad y que transforma aun el sufrimiento en gloria. La situación de los cristianos era tal que estaban en *thlipsis* y, según lo veía Juan, en medio de los acontecimientos que

precedían al fin del mundo. Estaban esperando ilusionadamente el Reino, *basileía*, en el que deseaban entrar y en el que habían puesto el corazón. No había más que un camino de *thlipsis* a *basileía*, de la aflicción a la gloria, y era *hypomoné*, la resistencia conquistadora. Jesús había dicho: «El que resista hasta lo último se salvará» (*Mateo 24:13*). Pablo les decía a los suyos: « Si resistimos, reinaremos con Él» (*2 Timoteo 2:12*).

El camino al Reino es el camino de la resistencia. Pero antes de dar por terminado este pasaje debemos notar una cosa. Esa resistencia se encuentra en Cristo. Él resistió hasta el fin, y por tanto puede capacitar a los que caminan con Él a alcanzar la misma resistencia y la misma meta que Él.

LA ISLA DEL DESTIERRO

Apocalipsis 1:9 (conclusión)

Juan nos dice que cuando tuvo las visiones de *Apocalipsis* estaba en Patmos. Era una tradición unánime de la Iglesia Primitiva que había sido desterrado a Patmos en el reinado de Domiciano. Jerónimo dice que Juan fue desterrado en el año decimocuarto después de Nerón, y liberado a la muerte de Domiciano (*Sobre los hombres ilustres, 9*). Esto querría decir que fue desterrado a Patmos el año 94 y liberado hacia el 96.

Patmos, una isleta rocosa desértica que forma parte del archipiélago de las Espóradas, tiene 15 kilómetros de largo por 8 de ancho, y una forma de media luna con los cuernos hacia el Este. Su forma la hace un buen puerto natural. Se encuentra a cuarenta millas de la costa de Asia Menor, y era importante porque era el último puerto de la travesía de Roma a Éfeso y el primero en sentido contrario.

El destierro a una isla remota era una condena corriente en los tiempos del Imperio Romano. Se les imponía a los presos políticos en lugar de castigos peores. Tales destierros conllevaban la pérdida de los derechos civiles y de las propiedades a

excepción de las necesarias para la mera existencia. Los así desterrados no sufrían malos tratos ni estaban metidos en la cárcel en la isla que les correspondiera, y tenían libertad de movimiento dentro de ciertos límites. Tal habría sido el destierro de los presos políticos; pero sería muy otra cosa para Juan: él era un dirigente de los cristianos, y los cristianos eran delinquentes comunes. Lo extraño es que no le ajusticiaran inmediatamente. El destierro para él suponía trabajos forzados en las canteras. Sir William Ramsay dice que su castigo «iría precedido de azotes, marcado con constantes cadenas, poca ropa, comida insuficiente, dormir en el suelo desnudo, una prisión oscura y trabajar bajo el látigo de supervisores militares.»

Patmos dejó sus marcas en la escritura de Juan. Hasta este día se enseña a los visitantes una cueva en el acantilado que da al mar en la que se dice que se escribió *Apocalipsis*. Hay una vista magnífica del mar desde Patmos y, como dice Strahan, *Apocalipsis* está lleno «las perspectivas y los sonidos del mar infinito.» La palabra *thálassa*, mar, aparece en *Apocalipsis* no menos de veinticinco veces. Strahan escribe: «En ningún sitio es "el sonido de las muchas aguas" más musical que en Patmos; en ningún lugar forma el sol naciente y poniente un espejo más espléndido de «mar de vidrio mezclado con fuego;» pero tampoco hay en ningún otro sitio un anhelo natural semejante de que el mar separador deje de ser.»

Fue a todas las angustias y al dolor y al agotamiento del destierro y a los trabajos forzados de Patmos adonde fue desterrado Juan *por causa de la Palabra que Dios nos dio*. Por lo que se refiere al original, esa frase puede tener tres interpretaciones. Podría querer decir que Juan fue a Patmos *a predicar* la Palabra de Dios; o que se retiró a la soledad de Patmos para *recibir* la Palabra de Dios y las visiones de *Apocalipsis*; pero es casi seguro que quiere decir que fue por su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios y por su insistencia en predicar en Evangelio de Jesucristo por lo que se le impuso la condena del destierro a Patmos.

EN EL ESPÍRITU EN EL DÍA DEL SEÑOR

Apocalipsis 1:10s

Estaba yo en el Espíritu en el Día del Señor, cuando oí detrás de mí una voz tan fuerte que parecía un toque de trompeta que me decía: < Escribe en un libro lo que vas a ver, y envíaselos a las siete iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Datira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.>

Históricamente este es un pasaje muy interesante, porque es la primera vez que se hace referencia al Día del Señor.

Ya nos hemos referido varias veces al Día del Señor como el día de ira y de juicio en que esta era presente con todos sus males terminará definitivamente para dejar paso a la era por venir. Algunos creen que Juan está diciendo que se sintió transportado en una visión al Día del Señor, y que vio anticipadamente todas las cosas maravillosas que sucederán entonces. Son pocos los que sustentan esa interpretación, que no nos parece que hace justicia a las palabras.

No cabe duda que cuando Juan usa esta expresión del Día del Señor lo hace con el mismo sentido que le damos nosotros -*el domingo*, del latín *dominicus* [dies, día] del Señor-. Es la primera vez que se menciona así en la literatura.

¿Cómo dejó de observar el sábado la Iglesia Cristiana, y pasó a observar el domingo? El sábado conmemoraba el descanso de Dios después de completar la obra de la Creación; y el domingo conmemora la Resurrección de Jesucristo.

Las tres referencias más tempranas al Día del Señor bien puede ser que sean las siguientes. *La Didajé*, *La Doctrina de los Doce Apóstoles*, el primer manual de cultos y enseñanza cristiana, dice de la Iglesia: « El Día del Señor nos reunimos y partimos el pan» (*Didajé 14:1*). Ignacio de Antioquía, escribiendo a los magnesios describe a los cristianos como los que « ya no viven para el sábado, sino para el Día del Señor» (Ignacio, *A los magnesios*, 9:1). Melitón de Sardes escribió un

. tratado *Acerca del Día del Señor*. A primeros del siglo II ya se había sustituido el sábado por el domingo cristiano.

Una cosa parece cierta. Todas estas referencias proceden de Asia Menor, donde se introdujo la observancia del Día del Señor. Pero, ¿qué fue lo que sugirió a los cristianos que guardaran *semanalmente* el primer día de la semana? En el Oriente había un día del mes y un día de la semana llamado *Sebasté*, que quiere decir *El Día del Emperador*; fue sin duda esto lo que hizo que los cristianos decidieran dedicar a su Señor el primer día de la semana.

Juan estaba *en el Espíritu*. Esta frase quiere decir que estaba en un éxtasis en el que se sintió elevado de las cosas del espacio y el tiempo al mundo de la eternidad. «El Espíritu me elevó -dijo Ezequiel (3:12)-, y oí detrás de mí el ruido de un gran terremoto.» Para Juan era como el toque de una trompeta. El toque de trompeta está entrelazado en el lenguaje del Nuevo Testamento (*Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16*). Sin duda Juan tenía aquí en mente otra figura del Antiguo Testamento. En el relato de la promulgación de la Ley se dice: < Hubo truenos y relámpagos, una espesa nube cubrió el monte y se oyó un sonido como un toque de trompeta muy fuerte» (*Éxodo 19:16*). La voz de Dios sonaba con la claridad inconfundible e impelente de un toque de trompeta. « Si el toque de trompeta no fuera claro, ¿quién se prepararía para la batalla?» (*1 Corintios 14:8*).

A Juan se le dice que escriba la visión que vea. Su obligación es compartir el mensaje que Dios le dé: Uno debe primero oír, y luego transmitir a cualquier precio. Puede que uno tenga que retirarse para recibir la visión, pero también debe salir a comunicarla.

Dos frases van juntas. Juan estaba *en Patmos*, y estaba *en el Espíritu*. Ya hemos visto cómo era Patmos, y lo que Juan tuvo que soportar allí. No importa dónde esté uno, ni lo difícil que le sea la vida, ni lo que esté pasando; siempre le es posible estar en el Espíritu. Y si está en el Espíritu, aun en Patmos, le alcanzarán la gloria y el mensaje de Dios.

EL MENSAJERO DIVINO

Apocalipsis 1:12s

Entonces me volví para ver la voz que me había hablado; y al volverme vi siete candelabros de oro en medio de los cuales estaba uno que parecía un hijo de hombre vestido de una túnica que le llegaba a los pies y con el pecho ceñido con un cinto de oro.

Ahora empezamos con la primera de las visiones de Juan; y veremos que su mente estaba tan saturada de las Sagradas Escrituras que uno tras otro de los elementos del cuadro tiene un trasfondo y una contrapartida del Antiguo Testamento.

Dice que se volvió para *ver la voz*. Nosotros diríamos: «Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba.»

Cuando se volvió, vio *siete candelabros de oro*. Juan no se limita a aludir al Antiguo Testamento, sino que toma porciones de muchas de sus partes y las compone en su escena. La imagen de los siete candelabros de oro tiene tres fuentes.

(a) Procede de la imagen del candelabro de oro puro que había en el Tabernáculo. Había de tener seis brazos, tres a cada lado, y siete lámparas para alumbrar (*Éxodo 25:31-37*).

(b) Procede de la imagen del Templo de Salomón. En él había de haber cinco candelabros de oro puro a la derecha y cinco a la izquierda (*1 Reyes 7:49*).

(c) Procede de la visión de Zacarías, que vio «un candelabro de oro macizo, con un depósito arriba, con sus siete lámparas» (*Zacarías 4:2*).

Cuando Juan tiene una visión, la ve en términos de escenas de los lugares y ocasiones del Antiguo Testamento en que Dios Se reveló a Su pueblo. Sin duda hay aquí una lección. La mejor manera de prepararse para una revelación nueva de la verdad es estudiar la revelación que ha dado Dios en el pasado.

En medio de los candelabros vio a uno *que parecía un hijo de hombre*. Aquí nos encontramos en la descripción de *Daniel*

7:13, en la que el reino y el poder y el dominio se los da el Anciano de Días a uno semejante a un hijo de hombre. Como sabemos por el uso que hace Jesús de este título, Hijo de Hombre llega a ser nada menos que un título del Mesías; y al usarlo aquí Juan deja bien claro que la revelación que va a recibir procede del mismo Jesucristo.

Esta figura estaba vestida con *una túnica que le llegaba a los pies y con el pecho ceñido con un cinto de oro*. Aquí tenemos otras tres referencias al Antiguo Testamento.

(a) La palabra que describe la túnica es *podérés, que le llegaba a los pies*. Esta es la palabra que usa el Antiguo Testamento griego para describir la túnica del sumo sacerdote (*Éxodo 28:4; 29:5; Levítico 16:4*). Josefo también describe detalladamente las vestiduras que usaban los sacerdotes y los sumos sacerdotes cuando ejercían su ministerio en el Templo. Llevaban «una túnica larga que les llegaba a los pies,» y al pecho «por encima de los codos,» llevaban un cinto suelto que les daba varias vueltas. Este cinto estaba bordado con colores y flores entrelazados de oro (Josefo, *Las antigüedades de los judíos*, 3.7:2,4). Todo esto quiere decir que la descripción de la túnica y el cinto del Cristo glorificado se corresponden casi exactamente con las vestiduras de los sacerdotes y los sumos sacerdotes. Así es que aquí tenemos el símbolo del carácter sumosacerdotal de la obra del Señor Resucitado. Un sacerdote, y especialmente el sumo sacerdote, eran hombres que tenían acceso a Dios y que les abrían el camino a los demás hombres para que pudieran dirigirse a Él; hasta en los lugares celestiales Jesús, el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, está llevando a cabo Su ministerio, abriéndoles el camino a todas las personas a la presencia de Dios.

(b) Pero había otras personas además de los sacerdotes que llevaban túnicas largas hasta los pies y un cinto alto. Eran las vestiduras de los nobles, los príncipes y los reyes. *Podérés* es la descripción de la túnica de Jonatán (*1 Samuel 18:4*); de Saúl (*1 Samuel 24:5, II*); de los soberanos del mar (*Ezequiel 26:16*). La túnica que llevaba el Cristo Resucitado representaba Su

realeza. Ya no era un delincuente en una cruz; estaba vestido como Rey.

Cristo, nuestro Sacerdote y Rey.

(c) Y aun nos falta otra referencia. En la visión de Daniel, la figura divina que se le dirigió para decirle la verdad acerca de Dios estaba vestida de lino fino (el Antiguo Testamento griego llama esta vestidura *podérés*) y *ceñida* de oro fino (*Daniel 10:5*). Así es que esta era la vestidura del mensajero de Dios, que nos presenta a Jesucristo como el supremo Mensajero de Dios.

Aquí tenemos una figura impresionante. Cuando trazamos los orígenes del pensamiento de Juan vemos que mediante la descripción de las vestiduras del Señor Resucitado nos Le está presentando como revestido de Su triple ministerio eterno de Profeta, Sacerdote y Rey, el Que trae la verdad de Dios, el Que nos permite entrar a la presencia de Dios y el Que ha recibido de Dios el poder y el dominio para siempre.

LA FIGURA DEL CRISTO RESUCITADO

Apocalipsis 1:14-18

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve; los ojos, como fuego llameante; los pies, como bronce pulido refinado a fuego en un crisol; y Su voz era como el estruendo de muchas aguas; tenía en Su diestra siete estrellas, y Le salía de la boca una espada aguda de doble filo; Su rostro era como el Sol cuando está en la plenitud de su resplandor.

Cuando Le vi, caí como muerto a Sus pies. Y Él me puso encima Su mano derecha y me dijo:

Deja de tener miedo. Yo soy el Primero y el Último; y soy el Viviente, aunque estuve muerto; y he aquí que estoy vivo para siempre jamás; y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Antes de empezar a estudiar este pasaje en detalle, hay dos hechos generales que debemos considerar.

(i) Es fácil dejar de ver lo cuidadosamente elaborado que está *Apocalipsis*. No es un libro que se compusiera precipitadamente; es un conjunto íntimamente entrelazado y literariamente artístico. En este pasaje tenemos toda una serie de descripciones del Cristo Resucitado; y lo interesante es que cada una de las cartas a las Siete Iglesias que aparecen en los dos próximos capítulos, con la sola excepción de la carta a Laodicea, empieza con una descripción del Cristo Resucitado tomada de este capítulo. Es como si en él resonara una serie de temas que llegaran a ser después los textos de las cartas a las Iglesias. Pongamos por orden los principios de las primeras seis cartas para ver cómo se corresponden con la descripción del Cristo Resucitado de este pasaje.

Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso: «Loas palabras del Que sostiene las siete estrellas en Su mano derecha» (2:1).

Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna: «Las palabras del Primero y el último, Que murió y volvió a la vida» (2:8).»

Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: «Las palabras del Que tiene la espada aguda de doble filo» (2:12).

Escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira: «Las palabras del Hijo de Dios, Que tiene ojos coma fuego llameante y Cuyos pies son como bronce bruñido» (2:18).

Escribe al ángel de la Iglesia de Sardis: «Las palabras del Que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas» (3:1).

Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: «Las palabras del Santo y Verdadero Que tiene la llave de David, Que abre y nadie puede cerrar, Que cierra y nadie puede abrir» (3:7).

Esta es artesanía literaria de la mejor calidad.

(ii) La segunda cosa que debemos notar es que Juan toma títulos en este pasaje que se aplican a Dios en el Antiguo Testamento y se los adscribe al Cristo Resucitado.

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve.

En *Daniel 7:9* esa descripción corresponde al Anciano de Días.

Su voz era como el estruendo de muchas aguas.

En *Ezequiel 43:2* se describe así la voz del mismo Dios.

Tenía en Su diestra siete estrellas.

En el Antiguo Testamento es Dios mismo Quien controla las estrellas. Dios mismo le pregunta a Job: «¿Podrás tú anudar los lazos de las Pléyades, o desatar las ligaduras de Orión?» (*Job 38:31*).

Yo soy el Primero y el último.

Isaías oyó decir a Dios: «Yo soy el Primero, y Yo soy el último» (*Isaías 44:6*; cp. *48:12*).

Yo soy el Viviente.

En el Antiguo Testamento Dios es «el Dios vivo» por antonomasia (*Josué 3:10*; *Salmo 42:2*; *Oseas 1:10*).

Tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Los rabinos decían que había tres llaves que Le pertenecían a Dios y que Él no compartiría con ningún otro: las del nacimiento, la lluvia y la resurrección.

No tenía Juan mejor manera de demostrar la reverencia que sentía por Jesucristo. Le aplica nada menos que los títulos que se dan a Dios en el Antiguo Testamento.

De gloria coronado está el Rey y Vencedor Que hubo un día de llevar corona de dolor.

No habrá más digno ni alto honor que el Cielo pueda dar que el que a Jesús correspondió: eterno Rey de Paz.

(Thomas Kelley - Tr. Federico J. Pagura).

LOS TÍTULOS DEL SEÑOR RESUCITADO (1)

Apocalipsis 1:14-18 (continuación)

Consideremos brevemente cada uno de los títulos que corresponden al Señor Resucitado.

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve.

Esto, tomado de la descripción del Anciano de Días de *Daniel 7: 9*, representa dos cosas. (a) Representa una gran edad; y nos habla de la existencia eterna de Jesucristo. (b) Nos habla de Su pureza divina. La nieve y la lana blanca son los emblemas de la pureza inmaculada. «Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (*Isaías 1:18*). Aquí tenemos los símbolos de la preexistencia y la impecabilidad de Cristo.

Tenía los ojos como fuego llameante.

Juan tiene siempre en mente a *Daniel*, y esta es parte de la descripción de la figura divina que le trajo la visión a Daniel. «Sus ojos antorchas de fuego» (*Daniel* 10:6). Cuando leemos la historia evangélica sacamos la impresión de que el que había visto una vez *los ojos* de Jesús ya no los podía olvidar. Una y otra vez se nos describen recorriendo un círculo de personas (*Marcos* 3:34; 10:23; 11: II); a veces, llameando de ira (*Marcos* 3: S); a veces, fijándose con amor en alguien (*Marcos* 10:21); y a veces inundados de dolor por las heridas que Le habían infligido en lo más íntimo Sus amigos (*Lucas* 22:61).

Tenía los pies, como bronce pulido refinado a fuego en un crisol.

La palabra que traducimos por *bronce pulido* es *jalkola?banon.IVo* se sabe a ciencia cierta qué metal era. Tal vez se trataba del fabuloso compuesto llamado *electrum*, que los antiguos creían que era una aleación de oro y plata, y más preciosa que cualquiera de los dos. Aquí de nuevo es el Antiguo Testamento el origen de la visión de Juan. En *Daniel* se nos dice del mensajero divino que eran «sus pies -¿o piernas?como de color de bronce bruñido» (*Daniel* 10:6); en *Ezequiel* se dice de los seres angélicos que les centelleaban los pies a manera de bronce muy bruñido (*Ezequiel* 1:7). Puede ser que debamos ver dos cosas en esta figura. El bronce representa *la fuerza*, la estabilidad de Dios; y los rayos resplandecientes, *la velocidad*, la prontitud de Dios para venir en ayuda de los Suyos o para castigar el pecado.

Su voz era como el estruendo de muchas aguas.

Esta descripción corresponde a la voz de Dios en *Ezequiel* 43:2. Pero puede ser que podamos captar un eco de la isleta de Patmos. Como dice H. B. Swete: «El rugido del Egeo estaba

en los oídos del vidente.» Y añade a continuación que la voz de Dios no se reduce a una sola nota. Aquí es como el rugido del mar, pero también puede ser como «el silbo apacible y delicado» (*I Reyes* 19:12), o, como lo interpretó la versión griega del Antiguo Testamento, como una brisa benigna. Puede tronar una reprensión; o musitar consuelo tranquilizador como una nana materna a un bebé inquieto.

Tenía en Su diestra siete estrellas.

De nuevo tenemos aquí algo que es prerrogativa exclusiva de Dios. Pero es también algo precioso. Cuando el vidente cayó de temor reverente ante la visión, el Cristo Resucitado le tendió Su diestra y la puso suavemente sobre él diciéndole que no tuviera miedo. La mano de Cristo es suficientemente poderosa para sostener los cielos, y suficientemente benigna para enjugar nuestras lágrimas.

LOS TÍTULOS DEL SEÑOR RESUCITADO (2)

Apocalipsis 1:14-18 (conclusión)

Le salía de la boca una espada aguda de doble filo.

La espada a la que se hace referencia no era larga y estrecha como la de un esgrimidor, sino corta, con la forma de la lengua, que se usaba en el combate cuerpo a cuerpo. De nuevo vemos que el vidente ha acudido aquí y allá al Antiguo Testamento para encontrar la figura. Isaías decía de Dios: «Herirá la tierra con la vara de Su boca» (*Isaías* 11:4); y de Su Siervo: «Puso mi boca como espada afilada» (*Tsaías* 49:2). Este símbolo nos, habla de la cualidad penetrante de la Palabra de Dios. Si la escuchamos, no habrá escudo de autodecepción que la pueda resistir; desnuda nuestros propios engaños y nuestros pecados, y nos conduce al perdón. « La Palabra de

Dios es viva, eficaz y más cortante que ninguna espada de doble filo: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien, todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a Quien tenemos que dar cuenta» (*Hebreos 4:12s*).

Su rostro era como el Sol cuando está en la plenitud de su resplandor.

En *Jueces* tenemos un cuadro imponente que bien puede ser que Juan tuviera en mente aquí. Los enemigos de Dios han de perecer, «pero Tus amigos serán como el sol cuando sale en su esplendor» (*Jueces 5:31*). Si eso es verdad de los que aman a Dios, ¡cuánto más lo será del amado Hijo de Dios! Swete ve aquí algo todavía más hermoso, nada menos que un recuerdo de la Transfiguración. En aquella ocasión, Jesús se transfiguró en presencia de Pedro, Santiago y Juan, «y resplandeció Su rostro como el sol» (*Mateo 17:2*). Nadie que Le hubiera contemplado entonces podría olvidar Su resplandor; y, si el autor de este libro es el mismo Juan, tal vez vio otra vez en el rostro del Cristo Resucitado la gloria que había intuido en el Monte de la Transfiguración.

Cuando Le vi, caí como muerto a Sus pies.

Esta fue también la experiencia de Ezequiel cuando Dios le habló (*Ezequiel 1:28; 3:23; 43:3*). Pero también podemos recordar otra historia evangélica de la que puede ser reflejo. Aquel día en Galilea cuando pescaron tantos peces y Pedro intuyó Quién era Jesús, cayó de rodillas ante Él abrumado por el sentimiento de que él no era más que un pecador (*Lucas 5:11*). Hasta el fin de nuestro camino no podemos sentir más que reverencia en la presencia de la santidad y la gloria del Cristo Resucitado.

-Deja de tener miedo.

Sin duda aquí nos encontramos también con ren-finscencias de la historia evangélica, porque estas fueron palabras que los discípulos oyeron más de una vez de los labios de Jesús. Fueron las que les dirigió cuando se dirigió a ellos por el agua (*Mateo 14:27; Marcos 6:50*); y sobre todo fueron las que les habló en el Monte de la Transfiguración, cuando estaban aterrados por haber escuchado la voz divina (*Mateo 17:7*). Hasta en el Cielo, cuando lleguemos cerca de la gloria inaccesible, Jesús nos dirá: «Estoy aquí, no tengáis miedo.»

Yo soy el Primero y el último.

En el Antiguo Testamento esta no es sino la descripción que hace Dios de Sí mismo (*Isaías 44:6; 48:12*). Jesús nos promete que Él está al principio y al final, en el momento del nacimiento y en el de la muerte, cuando iniciamos nuestro camino cristiano y cuando terminamos la carrera.

Soy el Viviente, aunque estuve muerto; y he aquí que estoy vivo para siempre jamás.

Aquí hay tanto la credencial como la promesa de Cristo, la credencial del Que ha conquistado la muerte y la promesa del Que está vivo para siempre para estar con Su pueblo.

Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

La muerte tiene sus puertas (*Salmo 9:13; 107.18; Isaías 38:10*); y Cristo tiene las llaves de esas puertas. Ha habido algunos, y todavía los hay, que han tomado estas palabras como una referencia al *descendimiento a los infiernos* (*1 Pedro 3:18-20*). La Iglesia antigua tenía la idea de que, cuando Jesús descendió al Hades, abrió sus puertas y sacó de allí a Abraham y a todos los fieles de Dios que habían vivido y muerto en

generaciones pasadas; pero nosotros lo tomamos en el sentido aún más amplio de que Jesucristo ha abolido la muerte y sacado a luz la inmortalidad por el Evangelio (2 *Timoteo* 1:10); de que porque Él vive, nosotros también viviremos (*Juan* 14:19), y de que, por tanto, para los que Le amamos ya ha pasado para siempre la amargura de la muerte.

LAS IGLESIAS Y SUS ÁNGELES

Apocalipsis 1:20

Aquí está el sentido secreto de las siete estrellas que has visto en Mi diestra y de los siete candelabros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias.

Este pasaje empieza con una palabra que se usa en todo el Nuevo Testamento con un sentido específico. La versión Reina-Valera, y otras muchas, habla del *misterio* de las siete estrellas y de los siete candelabros de oro. La palabra griega *mysterion* no quiere decir *misterio* en el sentido que le damos corrientemente, sino algo que no tiene sentido para el que está fuera, pero sí lo tiene, y mucho, para el que está iniciado y tiene la clave. Así es que aquí el Cristo Resucitado pasa a dar el sentido íntimo de las siete estrellas y de los siete candelabros de oro.

Los siete candelabros son las siete estrellas. Uno de los grandes títulos del cristiano es la luz del mundo (*Mateo* 5:14; *Filipenses* 2:15). Pero uno de los antiguos comentaristas griegos ofrece una interpretación aguda en este punto. Dice que las iglesias son llamadas a ser, no la luz misma, sino la palmatoria en la que se coloca la luz. No son las mismas iglesias las que producen la luz; el Que da la luz es Jesucristo, y las iglesias no son más que las vasijas en las que brilla la luz. La luz cristiana es siempre una luz prestada.

Uno de los grandes problemas del *Apocalipsis* es decidir lo que Juan quiere decir con los *ángeles de las iglesias*. Se han propuesto varias explicaciones.

(i) La palabra *ángeles* tiene dos sentidos. Puede querer decir *ángel*; pero mucho más frecuentemente quiere decir *mensajero*. Se ha sugerido que los mensajeros de todas las iglesias se habían reunido para recibir un mensaje de Juan y transmitírselo a sus congregaciones. Si es así, cada carta empezaba: «Al mensajero de la Iglesia de...» Por lo que se refiere al original esto es perfectamente posible; y hace buen sentido; pero la dificultad está en que *ángeles* se usa en *Apocalipsis* unas cincuenta veces aparte de aquí y en las cartas a las siete iglesias, y siempre quiere decir *ángel*.

(ii) Se ha sugerido que *ángeles* quiere decir el obispo de cada iglesia. Se ha sugerido, o que los obispos de las iglesias se habían reunido para tener un encuentro con Juan, o que Juan les está dirigiendo a ellos estas cartas. A favor de esta teoría se citan las palabras de Malaquías: «Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque es mensajero del Señor de los Ejércitos» (*Malaquías* 2:7). En el Antiguo Testamento griego *mensajero* es *ángeles*; y se sugiere que el título se podría haber aplicado a los obispos de las iglesias. Son los mensajeros de Dios a las iglesias, y es a ellos a los que se dirige Juan. Esta explicación también da buen sentido; pero está expuesta a la misma objeción que la primera: aplica *ángeles* a una persona humana, que es algo que Juan no hace en el resto del libro.

(iii) Se ha sugerido que tiene relación con la idea de los ángeles de la guarda. Según el pensamiento hebreo, cada nación tenía su ángel (*cp. Daniel* 10:13,20s). Miguel, por ejemplo, era el ángel de la guarda de Israel (*Daniel* 12:1). Las personas también tenían cada una su ángel de la guarda. Cuando Rode llegó con la noticia de que Pedro había salido de la cárcel, no la creyeron y dijeron que sería su ángel (*Hechos* 12:15). El mismo Jesús habló de los ángeles que están al cuidado de los niños (*Mateo* 18:10). Si lo tomamos en ese

sentido, la dificultad está en que se reprende y advierte de castigo a los ángeles guardianes por los pecados de sus iglesias respectivas. De hecho, Orígenes creía que de eso se trataba. Decía que el ángel de la guarda de una iglesia era como el tutor de un niño: si este se descarriaba, el responsable eran el tutor; y si una iglesia se desviaba, Dios en Su misericordia culpaba de ello a su ángel. La dificultad subyace en que, aunque se menciona al ángel de la iglesia en la dirección de cada mensaje, este se dirige sin duda a los miembros de la iglesia.

(iv) Tanto los griegos como los judíos creían que todas las cosas terrenales tenían una contraparte celestial; y se sugiere que el ángel es el ideal de la iglesia; y que los mensajes se dirigen a las iglesias en su ser ideal para llevarlas al camino verdadero.

Ninguna de las explicaciones satisface plenamente; pero puede que la mejor sea la última, porque no cabe duda que en las cartas el ángel y la iglesia son una misma cosa.

Ahora vamos a estudiar las cartas a las Siete Iglesias. En cada caso daremos un bosquejo de la historia y el trasfondo contemporáneo de la ciudad en la que estaba la iglesia, y una vez que hayamos estudiado ese trasfondo general procederemos al estudio de cada carta en detalle.

LA CARTA A ÉFESO

Apocalipsis 2:1-7

-Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso:

Estas cosas las dice el Que sostiene las siete estrellas en Su mano derecha y anda en medio de los siete candelabros de oro.

Yo conozco tus obras; es decir, tu brega y tu firme constancia; y sé que no puedes soportar a los malos, y que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo, y has demostrado que son mentirosos. Sé que tienes firme constancia. Sé todo lo que has soportado por amor de Mi nombre, y sé que tus esfuerzos no te han agotado. A pesar de todo tengo esto contra ti: que has descuidado el mantener tu primer amor. Así es que recuerda de dónde has caído, y arrepíentete, y haz que tu conducta sea como al principio. Si no, vengo a ti para quitar tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.

Pero sí tienes a tu favor una cosa: que aborreces las obras de los nicolaítas, que Yo también aborrezco.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. Al que obtenga la victoria Yo le concederé que coma del árbol de la vida que hay en el Paraíso de Dios.

ÉFESO, PRIMERA Y SUPREMA

Apocalipsis 2:1-7

Si sabemos algo de la historia de Éfeso y de sus condiciones en aquel tiempo nos será fácil comprender por qué ocupa el primer lugar en la lista de las Siete Iglesias.

Pérgamo era la capital de la provincia de Asia, pero Éfeso era con mucho la ciudad más importante. Blasonaba orgullosamente de su título: < La primera y la más grande metrópoli de Asia. » Un autor latino la llamó *Lumen Asiae*, La Luz de Asia. Veamos cuáles fueron los factores que le confirieron su grandeza preeminente.

(i) En los tiempos de Juan, Éfeso era el puerto más importante de Asia. Todas las carreteras del valle del Caistro, que era el río a cuya orilla estaba edificada, convergían en ella. Pero las carreteras venían de mucho más lejos. Era en Éfeso donde llegaban al Mediterráneo las carreteras del lejano Éufrates y de Mesopotamia, pasando por Colosas y Laodicea. Era en Éfeso donde la carretera de Galacia llegaba al mar pasando por Sardis. Y del Sur subía la carretera del rico valle del Meandro. Estrabón, el gran geógrafo de la antigüedad, llamaba a Éfeso «El Mercado de Asia,» y es posible que Juan estuviera describiendo las riquezas del mercado de Éfeso en *Apocalipsis* 18:12s.

Éfeso era el pósito de Asia. Una de sus distinciones, establecida por decreto, era que cuando el procónsul romano venía a hacerse cargo del gobierno de Asia, debía desembarcar en Éfeso e introducirse en la provincia desde allí. Para todos los viajeros y el comercio, desde los valles del Caistro y el Meandro, Galacia, el Éufrates y Mesopotamia, Éfeso era el paso obligado para ir a Roma. En tiempo posterior, cuando conducían a los cristianos desde Asia para echárselos a los leones en el circo romano, Ignacio de Antioquía llamó a Éfeso el Camino Real de los Mártires.

Su ubicación convertía a Éfeso en la ciudad más rica e importante de Asia, y se la ha llamado adecuadamente La Feria de las Vanidades del mundo antiguo.

(ii) Éfeso tenía ciertas distinciones políticas. Era *una ciudad libre*. En el Imperio Romano algunas ciudades eran libres; se les había conferido ese honor por servicios prestados al Imperio. Una ciudad libre tenía un gobierno independiente hasta cierto punto, y estaba exenta de albergar guarnición de tropas romanas. Era *una ciudad judicial*. Los gobernadores romanos pasaban revista periódicamente por las provincias; y en algunas ciudades y pueblos especialmente escogidos se establecían tribunales para juzgar los casos más importantes. Además, en Éfeso se celebraban los juegos atléticos más famosos de Asia, que atraían a personas de toda la provincia.

(iii) Éfeso era el centro del culto de Artemisa o, como se la llama en la Reina-Valera, Diana de los efesios. El Templo de Artemisa era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Tenía 425 pies de largo por 220 de ancho; tenía 120 columnas, cada una de 60 pies de altura que había sido el regalo de un rey, 36 de las cuales estaban cubiertas e incrustadas de oro. Los templos antiguos consistían en columnatas cubiertas solo en la parte central. Esta parte estaba cubierta de madera de ciprés. La imagen de Artemisa era una de las más sagradas del mundo antiguo. No era ni mucho menos hermosa, sino tenía una figura rechoncha, negra y con muchos pechos; tan antigua que nadie conocía su origen. No tenemos más que leer *Hechos 19* para darnos cuenta de lo mucho que apreciaban los efesios a Artemisa y su templo. Éfeso tenía también templos famosos dedicados a la divinidad de los emperadores romanos Claudio y Nerón, y posteriormente también a Adriano y Severo. La religión pagana tenía toda su fuerza en Éfeso.

(iv) Éfeso era un centro famoso de superstición pagana. Era famosa por *las cartas efesias*, amuletos y encantamientos que se tenían por remedios infalibles contra la enfermedad, la esterilidad y la mala suerte en los negocios; y venía gente de todo el mundo para comprarlas.

(v) La población de Éfeso era muy mezclada. Sus ciudadanos estaban divididos en seis tribus. Formaban una los descendientes de los primeros habitantes del país; otra, los descendientes de los primeros colonizadores venidos de Atenas; tres, los otros griegos, y la otra, probablemente, los judíos. Además de ser un centro de culto, el Templo de Artemisa era también una guarida de crimen y de inmoralidad. El área del templo tenía derecho de asilo: cualquier criminal era inmune si podía llegar a ella. El templo tenía centenares de sacerdotisas, que eran en realidad una especie de prostitutas sagradas. Todo esto se combinaba para hacer de Éfeso un lugar notoriamente malo. A Heráclito, uno de los filósofos presocráticos más famosos, que era de Éfeso, se le conocía por el mote de < el filósofo llorón. » La explicación que daba de sus lágrimas era que no se podía vivir en Éfeso sin llorar su inmoralidad.

Tal era Éfeso; sería difícil imaginar un suelo menos prometedor para sembrar en él la semilla del Evangelio; y sin embargo fue allí donde la Iglesia Primitiva obtuvo algunos de sus mayores triunfos. R. C. Trench escribe en su comentario: < En ningún otro lugar encontró la Palabra de Dios un suelo tan receptivo, echó raíces tan profundas y dio frutos tan sazonados de fe y de amor. »

Pablo permaneció en Éfeso más tiempo que en ninguna otra ciudad (*Hechos 20:31*). Fue con Éfeso con la ciudad que estuvo más conectado Timoteo, hasta el punto de que se le considera su primer obispo (*1 Timoteo 1:3*). Es en Éfeso donde encontramos con Aquila, Priscilla y Apolos (*Hechos 18:19,24,26*). Seguramente en ningún otro lugar estuvo Pablo tan íntimamente relacionado como con los ancianos efesios, como revela hermosamente su discurso de despedida (*Hechos 20:17-38*). Posteriormente, Juan fue la figura señera en Éfeso. Cuenta la leyenda que llevó allí consigo a María, la Madre de Jesús, y que ella fue enterrada allí. Cuando escribió a Éfeso Ignacio de Antioquía, de camino a sufrir el martirio en Roma, dijo: «Vosotros habéis estado siempre unidos en una misma mente con los apóstoles en el poder de Jesucristo.»

Pocos lugares podrán mostrar mejor que Éfeso el poder conquistador de la fe cristiana.

Debemos fijarnos también en otra cosa. Ya hemos dicho que Éfeso era el puerto más importante de Asia. Hoy no se conservan de Éfeso más que unas ruinas que están a unos diez kilómetros del mar. La costa es ahora cuna línea ininterrumpida de playa arenosa a la que no se puede acercar ningún barco.» Lo que era una vez el Golfo de Éfeso y su puerto es ahora cuna zona pantanosa llena de cañas y de juncos.» Siempre fue costoso mantener abierto el puerto de Efeso a causa del sedimento que arrastra el río Caistro. Se perdió la batalla, y Éfeso se desvaneció de la escena.

ÉFESO, CRISTO Y SU IGLESIA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Juan empieza su carta a Éfeso con dos descripciones del Cristo Resucitado.

(i) Él sostiene las siete estrellas en Su mano derecha. Eso es decir que Cristo sostiene en Su mano las Iglesias. La palabra para *sostener* es *kratein*, que es una palabra fuerte. Quiere decir que Cristo tiene completo control sobre la Iglesia. Si la Iglesia se somete a ese control, nunca errará; y más que eso: nuestra seguridad está en el hecho de que estamos en la mano de Cristo. «No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano» (*Juan 10:28*).

Hay otro punto aquí que solo surge en griego. *Kratein* se construye normalmente con el genitivo (el caso que normalmente expresamos en español con la preposición *de*). Porque cuando *sos-tenemos* una cosa, rara vez la sostenemos *en su totalidad*; más bien es *parte de ella*. Cuando *kratein* va seguido del acusativo, quiere decir que se sostiene la totalidad del objeto. Aquí *kratein* va con el acusativo, y quiere decir que

Cristo tiene en Su **mano la totalidad de** las siete estrellas, lo que quiere decir *la totalidad de la Iglesia*.

Haremos bien en recordar esto. No es solo *nuestra* iglesia la que está en la mano de Cristo; *la totalidad* de la Iglesia está en Su mano. Cuando se ponen barreras entre las Iglesias se hace algo que Cristo no hace jamás.

(ii) Él anda en medio de los siete candelabros de oro. Los candelabros son las Iglesias. Esta expresión nos habla de la incansable actividad de Cristo en medio de Sus Iglesias. No Se limita a una de ellas; dondequiera que se reúnen las personas para adorar en Su nombre, allí está Cristo.

Juan pasa a decirnos algo acerca de los miembros de la Iglesia de Éfeso.

(i) El Cristo Resucitado los alaba por su *brega*. La palabra original es *kopos*, que es una palabra favorita en el Nuevo Testamento. Tifena, Tifosa y Pérsida, todas *bregaban* en el Señor (*Romanos 16:12*). Lo único que Pablo pretende es *haber bregado más* que los otros apóstoles (*1 Corintios 15:10*). Teme que los gálatas se vuelvan atrás, haciendo que su *brega* fuera en vano (*Gálatas 4:11*). En cada caso -y hay muchos otros- la palabra original es *kopos* o el verbo correspondiente *kopíán*. La peculiaridad de estas palabras es que describen la clase de labor que requiere toda la concentración y el esfuerzo que se le puedan aplicar. El Cristianismo no es para el que no quiera cansarse o sudar. El cristiano ha de bregar por Cristo; y, cuando la brega física no le sea posible, siempre podrá bregar en oración.

(ii) El Cristo Resucitado los alaba por su *firme constancia*. Aquí tenemos la palabra *hypomoné*, que ya nos hemos encontrado una y otra vez. No es la paciencia negativa que acepta las cosas resignadamente, sino la galanura corajuda que asume el sufrimiento y la dificultad y los transforma en gracia y gloria. Se dice a menudo que el sufrimiento le da color a la vida; pero cuando nos enfrentamos con la vida con la *hypomoné* que Cristo nos imparte, el color de la vida no es nunca gris ni negro; siempre tiene los matices de la gloria.

ÉFESO, CUANDO LA ORTODOXIA CUESTA DEMASIADO

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

El Cristo Resucitado pasa a alabar a los cristianos de Éfeso porque han puesto a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo, y han demostrado que son mentirosos.

Muchos malvados se introducían en las pequeñas congregaciones de la Iglesia original. Jesús había advertido contra los falsos profetas que son lobos disfrazados de ovejas (*Mateo 7:15*). En su discurso de despedida a los ancianos de esta misma iglesia de Éfeso, Pablo les había advertido que habría lobos rapaces que invadirían el rebaño (*Hechos 20:29*). Estos hombres malvados eran de muchas clases. Había emisarios de los judíos que trataban de enredar a los cristianos en la Ley y que seguían a Pablo por todas partes tratando de deshacer su obra. Había quienes trataban de convertir la libertad en libertinaje. Había profesionales de la mendicidad que abusaban de la caridad de las congregaciones cristianas. La iglesia de Éfeso estaba más expuesta a esos mangantes ambulantes que las demás iglesias. Estaban en la carretera de Roma y el Oriente, y lo que R. C. Trench llamaba «toda la chusma de los malhechores» se le podía echar encima.

Más de una vez se insiste en el Nuevo Testamento en la necesidad de poner a prueba. Juan, en su primera epístola insiste en que hay que poner a prueba los espíritus que pretenden venir de Dios comprobando si aceptan la Encarnación en toda su plenitud (*1 Juan 4:1-3*). Pablo insiste en que los cristianos tesalonicenses deben poner a prueba todas las cosas para quedarse solo con lo que es bueno (*1 Tesalonicenses 5:21*). También insiste en que, cuando predique un profeta, los demás profetas deben someter a prueba lo que diga (*1 Corintios 14:29*). Uno no puede proclamar sus propios puntos de vista privados en la asamblea del pueblo de Dios; debe mantenerse en la tradición de la Iglesia. Jesús demandaba la

prueba más dura: < Será por sus frutos por lo que los reconozcáis» (*Mateo 7:15-20*).

La iglesia de Éfeso había aplicado sus pruebas fielmente y se había desbrozado de todos los malos y descarriados; pero el problema era que había perdido algo en el proceso. «Tengo esto contra ti: que has descuidado el mantener tu primer amor.» Eso se puede entender de dos maneras.

(a) Puede querer decir que había perdido su primer entusiasmo. Jeremías hablaba de la devoción de Israel a Dios en los primeros días. Dios le dice a la nación que se acuerda de « la devoción de tu juventud, de tu amor de novia» (*Jeremías 2:2*). Había habido un tiempo de luna de miel, pero la primera llamarada de entusiasmo se había apagado. Puede ser que el Cristo Resucitado esté diciendo que ha desaparecido todo el antiguo entusiasmo de la religión de la iglesia de Éfeso.

Pero es mucho más probable que quiera decir que se había perdido el primer ardor de amor por la fraternidad. En sus primeros días, los miembros de la iglesia de Éfeso habían estado unidos por un verdadero amor; la disensión no había asomado nunca su fea cabeza; el corazón estaba dispuesto para inflamarse, y la cabeza para ayudar. Pero algo se había echado a perder. Bien puede ser que la caza de herejes hubiera matado el amor, y la ortodoxia se había mantenido a costa de la fraternidad. Cuando pasa eso, la ortodoxia ha costado demasiado. Toda la ortodoxia del mundo no puede compensar la pérdida del amor.

ÉFESO, LOS PASOS DEL CAMINO DE VUELTA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Algo se había echado a perder en Éfeso. La brega dedicada continuaba; la constancia galana también, lo mismo que la ortodoxia impecable; pero el amor había desaparecido. Así es

que el Cristo Resucitado hace Su llamamiento exhortando a que se den los tres pasos del camino de vuelta.

(i) Primero, dice: *Recuerda*. No está hablando con ninguno que no ha estado nunca en la iglesia, sino a los que están en ella, pero han perdido el camino de alguna manera. El recuerdo puede ser muchas veces el primer paso del camino de regreso. En el país lejano, el hijo pródigo se acordó de pronto del hogar (*Lucas 15:17*).

O'Henry, el maestro de los relatos breves, tiene uno acerca de un chico que se había criado en una aldea; y en la escuela de la aldea había estado sentado al lado de una aldeana dulce e inocente. El chico se las arregló para irse a vivir a la ciudad; cayó en malas compañías; se hizo carterista. Un día estaba en la calle; acababa de robar una cartera -lo había hecho con limpieza- y estaba satisfecho de sí mismo. De pronto vio a la chica que se sentaba a su lado en la escuela. Todavía era la misma -dulce e inocente. Ella no le vio; ya se cuidó él de que le viera. Pero de pronto recordó lo que había sido, y se dio cuenta de lo que había llegado a ser. Apoyó la frente ardiente en el hierro frío de un farol. « ¡Dios mío -se dijo-, me doy asco!» El recuerdo le estaba invitando a iniciar el camino de vuelta. También Gaspar Núñez de Arce, el amigo y consejero literario de don Federico Fließner, escribió:

*Cuando recuerdo la piedad sincera con que en mi edad primera entraba en nuestras viejas catedrales, donde
postrado ante la cruz de hinojos alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales; hoy, que mi frente atónito golpeo y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida, por hallarla otra vez, radiante y bella como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí!, diera la vida.*

Una poesía así puede que no suene más que a remordimiento y tragedia, pero de hecho puede ser el primer paso del camino de vuelta; porque el primer paso a la enmienda es darnos cuenta de que hemos perdido algo.

(ii) Segundo, dice: *Arrepiéntete*. Cuando descubrimos que algo se ha echado a perder, podemos tener más de una reacción. Podemos tener el sentimiento de que nada puede conservar su lustre original, así es que debemos aceptar lo que consideramos inevitable. Puede que nos embargue un sentimiento de resentimiento y que le echemos las culpas a la vida en lugar de enfrentarnos con nosotros mismos. Puede que decidamos que la vieja emoción ha de encontrarse yendo por senderos prohibidos, y tratemos de encontrarle el sabor a la vida en el pecado. Pero el Cristo Resucitado dice: < ¡Arrepiéntos! > El arrepentimiento es reconocer que somos nosotros los que tenemos la culpa, y sentir dolor por ello. La reacción del pródigo es: < Me levantaré e iré a mi padre y le diré que he pecado > (*Lucas 15:18*). El clamor angustioso del corazón de Saúl cuando se da cuenta de su necesidad es: «He obrado neciamente, he cometido un gran error» (*1 Samuel 26:21*). Lo más difícil del arrepentimiento es aceptar la responsabilidad personal por nuestro fracaso; porque, una vez que se acepta la responsabilidad, el dolor piadoso seguirá en breve.

(iii) Tercero, dice: *Haz*. El dolor del arrepentimiento está diseñado para conducir a una persona a dos cosas. La primera, tiene la misión de movernos a arrojarnos en la gracia de Dios diciendo solamente: «Dios, sé propicio a mí, tan pecador como soy.» Y segunda, tiene la misión de conducirnos a la acción para que produzcamos frutos dignos del arrepentimiento. Uno no se ha arrepentido de veras si sigue haciendo las mismas cosas. Fosdick decía que la gran verdad del Cristianismo es que «nadie tiene por qué quedarse lo mismo que estaba.» La prueba del arrepentimiento es una vida cambiada por nuestro esfuerzo en colaboración con la gracia de Dios.

ÉFESO, UNA HEREJÍA DESTRUCTIVA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Nos encontramos aquí con una herejía que el Cristo Resucitado dice que Él odia, y que Él alaba a Efeso por odiar también. Puede parecer extraño esto de atribuir odio al Cristo Resucitado; pero debemos recordar dos cosas. La primera que, si amamos a alguien apasionadamente, odiamos por necesidad cualquier cosa que amenace destruir a esa persona. La segunda, que es necesario odiar el pecado pero amar al pecador.

Los herejes que encontramos aquí son los nicolaítas. Sólo se los nombra, no se los define. Nos los encontramos otra vez en Pérgamo (versículo 15), donde se los relaciona muy estrechamente con los < que mantienen la enseñanza de Balaam, > que a su vez se relaciona con comer cosas sacrificadas a los ídolos y con la inmoralidad (versículo 14). Nos encontramos con exactamente el mismo problema en Tiatira, donde la malvada Jezabel se dice que hace que los cristianos practiquen la inmoralidad y coman cosas sacrificadas a los ídolos. Podemos fijarnos en primer lugar en que este peligro no procede de fuera de la iglesia, sino de su interior. Estos herejes pretendían que no estaban destruyendo el Cristianismo, sino presentándolo en una versión mejorada.

Podemos notar en segundo lugar que los nicolaítas y los que mantenían la enseñanza de Balaam eran de hecho los mismos. Hay aquí un juego de palabras. El nombre *Nicolays*, el fundador de los nicolaítas, se podría derivar de dos palabras griegas: *nikán*, conquistar, y *laos*, pueblo. *Balaam* podría derivarse de dos palabras hebreas: *bela*, conquistar, y *ha-'am*, el pueblo. Así es que los dos nombres son el mismo, y puede que describan a un maestro malvado que ha obtenido la victoria sobre el pueblo subyugándolo con una enseñanza herética que puede acabar por destruirlo.

En *Números 25:1-5* tenemos una historia extraña en la que los israelitas son seducidos a entrar en relaciones ilegales y sacrílegas con mujeres moabitas y a dar culto a Baal-Peor; una seducción que, si no se hubiera anulado seriamente, podría haber destruido la religión y hasta la nación de Israel. Cuando pasamos a *Números 31:16* encontramos que aquella seducción se atribuye indiscutiblemente a la mala influencia de Balaam, que pasó a ser identificado en la historia de Israel como el malvado que sedujo al pueblo a pecar.

Veamos ahora lo que tienen que decirnos los primeros historiadores de la Iglesia acerca de estos nicolaítas. La mayoría los identifican como los seguidores de Nicolás, prosélito de Antioquía, que fue uno de los Siete llamados diáconos (*Hechos 6: 5*). Lo que se supone es que Nicolás se desvió y cayó en la herejía. Ireneo dice que los nicolaítas «llevaban una vida de permisividad ilimitada» (*Contra los herejes, 1:26.3*). Hipólito dice que Nicolás era uno de los Siete, y que «se apartó de la sana doctrina y adquirió la costumbre de inculcar el indiferentismo en materias de comida y de vida» (*Refutación de los herejes, 7:24*). *Las constituciones apostólicas, 6:8*, describen a los nicolaítas como «desvergonzados en su impureza.» Clemente de Alejandría dice que «se abandonaban al placer como cabras... llevando una vida de autoindulgencia.» Pero exculpa a Nicolás de toda responsabilidad diciendo que pervertían su dicho diciendo «que se puede abusar de la carne,» cuando lo que quería decir Nicolás era que hay que sojuzgar el cuerpo; los herejes pervertían este dicho para hacer que significara que la carne se puede usar tan desvergonzadamente como se quiera (*Misceláneas, 2:20*). No cabe duda que los nicolaítas daban rienda suelta al libertinaje.

Veamos si podemos identificar un poco más su punto de vista y su enseñanza. La carta a Pérgamo nos dice que inducían a las personas a comer carne sacrificada a los ídolos y a la práctica de la inmoralidad. Cuando volvemos al decreto del Concilio de Jerusalén encontramos que había dos condiciones que se debían cumplir para que los gentiles fueran admitidos

a la Iglesia: que se abstuvieran de lo sacrificado a los ídolos y de la inmoralidad (*Hechos 15; 28s*). Estas eran las dos cosas que quebrantaban los nicolaítas.

Eran probablemente hombres que argumentaban de la siguiente manera. (a) La Ley ha terminado; por tanto, ya no hay leyes, y podemos vivir como nos dé la gana. Confundían la libertad cristiana con la promiscuidad pagana. Eran la clase de personas a las que Pablo advertía que no usaran la libertad como una oportunidad para vivir conforme a la carne (*Gálatas 5:13*). (b) Probablemente argüían que el cuerpo es malo de todas maneras, y que no tiene importancia lo que se haga con él. (c) Probablemente argüían también que el cristiano estaba tan defendido por la gracia que podía hacer todo lo que fuera sin sufrir daño.

¿Qué separaba la perversión nicolaíta de la verdad del Evangelio? El problema era mantener la diferencia esencial entre el Cristianismo y la sociedad pagana circundante. Los paganos no objetaban a comer la carne ofrecida a los ídolos que se les ofrecía en innumerables ocasiones sociales. ¿Podía un cristiano participar de esas fiestas? Los paganos no tenían idea de la castidad, y las relaciones sexuales fuera del matrimonio se consideraban perfectamente normales. ¿Tenían que ser tan diferentes los cristianos? Los nicolaítas sugerían que se podía llegar a un acuerdo con el mundo. Sir William Ramsay describe su enseñanza de la siguiente manera: «Era un intento de llegar a un acuerdo con las costumbres normales de la sociedad grecorromana reteniendo lo más posible de esas costumbres en el sistema cristiano de vida.» Esta enseñanza afectaba mayormente a las clases altas, que eran las que podían perder más si cumplían las demandas cristianas. Para Juan, los nicolaítas eran peores que los paganos, porque eran los enemigos dentro de las puertas.

Los nicolaítas no estaban dispuestos a ser diferentes; eran los más peligrosos de todos los herejes desde un punto de vista práctico; porque, si su enseñanza hubiera tenido éxito, el mundo habría cambiado el Cristianismo, en lugar de al revés.

ÉFESO
LA GRAN RECOMPENSA

Apocalipsis 2:1-7 (conclusión)

Por último, el Cristo Resucitado hace Su gran promesa a los que obtengan la victoria. En este cuadro hay dos concepciones muy hermosas.

(i) Está la concepción del *árbol de la vida*. Esto es parte de la historia del Huerto del Edén, en medio del cual estaban el árbol de la vida y el del conocimiento del bien y del mal (*Génesis 2:9*); y se le impidió a Adán comer del árbol de la vida después de su desobediencia para que no viviera para siempre (*Génesis 3:22-24*).

En el pensamiento judío posterior, el árbol de la vida llegó a representar lo que podía dar al hombre la vida verdadera. La sabiduría es árbol de vida para los que de ella echan mano (*Proverbios 3:18*); el fruto del justo es árbol de vida (*Proverbios 11:30*); el deseo cumplido es árbol de vida (*Proverbios 13:12*); la lengua apacible es árbol de vida (*Proverbios 15:4*).

A esta se añade otra figura. Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, y se les cerró el acceso para siempre al árbol de la vida. Pero los judíos creían que cuando viniera el Mesías y amaneciera la nueva era, el árbol de la vida estaría en medio de los hombres, y los que hubieran sido fieles comerían de él. El sabio decía: «Los que hagan las cosas que Te agradan recibirán el fruto del árbol de la inmortalidad» (*Eclesiástico 19:19*). Los rabinos describían el árbol de la vida en el Paraíso. Sus ramas daban sombra a todo el Paraíso; tenía quinientos mil perfumes fragantes, y su fruto otros tantos sabores diferentes. La idea era que lo que Adán había perdido lo restauraría el Mesías. Comer del árbol de la vida quiere decir participar de todas las alegrías que tendrán los justos que hayan obtenido la victoria cuando Cristo reine supremo.

(ii) Está la concepción del Paraíso, cuyo nombre es ya precioso. Puede que nosotros no le adscribamos un sentido

especial; pero, cuando estudiamos Historia, nos encontramos con las ideas más aventureras que haya conocido jamás el mundo.

(a) En su origen, *paraíso* era una palabra persa. Jenofonte escribió mucho acerca de los persas, y fue él el que introdujo esa palabra en la lengua griega. En su origen quería decir un jardín agradable. Cuando Jenofonte está describiendo cómo vivía el rey de Persia dice que se preocupaba de que hubiera *paraísos* donde viviera, llenos de todas las cosas buenas y hermosas que puede producir el suelo (Jenofonte, *Ecumenicus*, 4:13). Paraíso es una hermosa palabra que describe un lugar de serena belleza.

(b) En la Septuaginta *paraíso* se usa con dos sentidos. Primero, se usa regularmente para *el Jardín del Edén* (*Génesis 2:8*, y *3:1*). Segundo, para cualquier jardín especial. Cuando Isaías habla de *un jardín* que no tiene agua, se usa la palabra *paraíso* (*Isaías 1:30*). Es la palabra que se usa cuando Jeremías dice: «Plantad *huertos* y comed del fruto de ellos» (*Jeremías 29:5*). Es la palabra que se usa cuando el Predicador dice: «Me hice huertos y jardines, y planté en ellos toda clase de árboles frutales» (*Eclesiastés 2:5*).

(iii) En el pensamiento cristiano primitivo, la palabra tenía un significado específico. En el pensamiento judío tradicional, después de la muerte el alma de todos iba indistintamente al Hades, una morada gris y sombría. El pensamiento cristiano primitivo concibió un estado intermedio entre la tierra y el Cielo al que iban todas las personas y en el que permanecían hasta el Juicio Final. Tertuliano concebía este lugar como una caverna extensa debajo de la tierra. Pero había una parte especial en la que estaban los profetas y los patriarcas que era *el Paraíso*. Filón lo describe como «un lugar al que no afectan ni la lluvia ni la nieve ni las olas, sino que refresca el suave céfiro del océano.» Según se lo figuraba Tertuliano, sólo una clase de personas iban directamente allí, y eran los mártires. «La única llave -decía- que le abre a uno las puertas del Paraíso es su propia sangre» (Tertuliano, *Sobre el alma*, 55).

Orígenes fue uno de los pensadores más aventureros que haya producido la Iglesia. Escribió lo siguiente: < Creo que todos los santos (*santos* quiere decir *cristianos*) que partan de esta vida permanecerán en algún lugar situado en la Tierra que la Sagrada Escritura llama Paraíso como lugar de instrucción y, por así decirlo, aula o escuela de las almas... El que sea puro de corazón y santo de mente y más aventajado en la percepción hará un progreso más rápido, ascendiendo pronto a un lugar en el aire, y llegando al Reino del Cielo a través de estas mansiones (*etapas*) que los griegos llaman *esferas* y que la Sagrada Escritura llama *cielos*... Así llegará al final a seguir al Que ha pasado a los Cielos, Jesús el Hijo de Dios, Que dijo: "Quiero que donde Yo esté, estén estos también." Era de esta diversidad de lugares de los que hablaba cuando decía: "En la casa de Mi Padre hay muchas moradas"> (Orígenes, *De principiis*, 2:6).

Los grandes pensadores de la Iglesia primitiva no identificaban el Paraíso con el Cielo; el Paraíso era un lugar intermedio donde las almas de los justos se preparaban para entrar a la presencia de Dios. Esta es una idea muy preciosa. ¿Quién no ha pensado que el salto de la Tierra al Cielo es demasiado grande para que se dé de una sola vez, y que se necesita un acceso gradual a la presencia de Dios?

(iv) Por último, el Paraíso dejó de contener esta idea del estado intermedio, y llegó a ser equivalente al Cielo. Recordemos las palabras de Jesús al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lucas 23:43*). Nos encontramos ante misterios sobre los que sería irreverente dogmatizar; pero, ¿hay mejor descripción del Paraíso que decir que es vivir para siempre en la presencia de nuestro Señor?

En las regiones inmaculadas, ricas mansiones que el Señor da, hay muchas cosas grandes y amadas y muy preciosas: ¡Cristo allí está!

(Mateo Cosidó).

LA CARTA A ESMIRNA

Apocalipsis 2:8-11

-Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna:

Estas cosas las dice el Primero y el último, el Que pasó por la muerte y volvió otra vez a la vida.

Yo conozco la aflicción y la pobreza que sufres -a pesar de lo cual tú eres rico- y sé las calumnias que proceden de los que dicen que son judíos, pero que no son más que la sinagoga de Satanás. No tengas miedo de lo que vas a tener que pasar. ¡Fíjate! El diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para someteros a prueba, y tendréis un tiempo de aflicción que se prolongará durante diez días. Muéstrate leal hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. El que obtenga la victoria no sufrirá daño de la segunda muerte.

ESMIRNA,
LA CORONA DE ASIA

Apocalipsis 2:8-II

Si era inevitable que Éfeso ocupara el primer lugar en la lista de las Siete Iglesias, era igualmente natural que Esmirna, su gran rival, ocupara el segundo. De todas las ciudades de Asia, Esmirna era la más encantadora. Se la llamaba el adorno de Asia, la corona de Asia y la flor de Asia. Luciano dijo que era «la más bonita de las ciudades de Jonia.» Arístides, que cantó las alabanzas de Esmirna con tal esplendor, habló de «la gracia que la orla como un arco iris... la luminosidad que la rodea por todas partes y que alcanza hasta los cielos como el brillo de la armadura de bronce de Homero.» Añadía al encanto de Esmirna el que el viento del Oeste, el céfiro blando, siempre soplabla por sus calles. «El viento -decía Arístides- sopla por toda la ciudad refrescándola como si fuera un soto de árboles.» El continuo viento del Oeste tenía un solo inconveniente: el alcantarillado de la ciudad vertía en el golfo en cuya orilla estaba construida, y el viento tendía a hacerlo retroceder en lugar de impulsarlo mar adentro.

Esmirna estaba maravillosamente situada. Se encontraba al final de la carretera que cruzaba Frigia y Lidia y se dirigía al lejano Oriente, y controlaba el comercio del rico valle del Hermo. Era inevitable que fuera una ciudad comercial. La misma ciudad estaba al final de un largo brazo de mar que acababa en un pequeño puerto encerrado en la tierra y en el corazón de la ciudad. Era el más seguro de todos los puertos y el más conveniente; y tenía la ventaja adicional de que en tiempo de guerra se podía cerrar fácilmente mediante una cadena de lado a lado de la boca. Era apropiado el que en las monedas de Esmirna se representara un barco mercante dispuesto a hacerse a la mar.

La situación de la ciudad era igualmente hermosa. Empezaba en el puerto; atravesaba el estrecho pie de las colinas, y

entonces surgía detrás de la ciudad el Pago, una colina cubierta de templos y nobles edificios que se describían como «La corona de Esmirna.» Un viajero moderno lo describe como «una ciudad regia coronada de torres.» Arístides comparaba a Esmirna con una gran estatua con los pies en el mar, el cuerpo en el llano y en las colinas y la cabeza, coronada de grandes edificios, en el Pago trasero. La llamaba «una flor de belleza tal que ni el sol ni la tierra le han mostrado jamás a la humanidad nada igual.»

Su historia no tenía poco que ver con la belleza de Esmirna, porque era una de las pocas ciudades del mundo planificadas a propósito. Se había fundado como una colonia griega allá por el año 1,000 a.C. Alrededor del año 600 a.C. le había sobrevenido una desgracia, porque los lidios la habían asaltado por el Este y destruido. Quedó prácticamente convertida en una serie de aldehuelas durante cuatrocientos años, hasta que la reedificó Lisímaco como un conjunto bien planificado. Se construyó con calles amplias y rectas. Estrabón habla de la belleza de sus calles, la excelencia de su pavimentación y los grandes bloques rectangulares de su construcción. La más famosa de sus calles era la Calle del Oro, que empezaba en el templo de Zeus y acababa en el templo de Cibeles. Daba la vuelta al pie de la colina del Pago; y, si los edificios que coronaban el Pago eran la corona de Esmirna, la calle del Oro era el collar que rodeaba el cuello de la colina.

Aquí tenemos un hecho interesante y significativo que muestra el cuidado y el conocimiento con que Juan establece sus cartas del Cristo Resucitado. Al Cristo Resucitado se le llama «El Que murió y volvió a la vida.» Ese era un eco de la experiencia de la misma Esmirna.

Esmirna tenía otras credenciales de grandeza aparte de su ciudad. Era una ciudad libre, y sabía lo que era la lealtad. Mucho antes de que Roma llegara a ser la indiscutible señora del mundo, Esmirna le había dado su voto, y nunca le había fallado en su lealtad. Cicerón llamaba a Esmirna «una de nuestras más antiguas y fieles aliadas.» En las campañas contra

Mitrídates en el Oriente lejano, las cosas le iban mal a Roma. Y cuando los soldados romanos estaban sufriendo hambre y frío, el pueblo de Esmirna se despojó de sus ropas para enviárselas.

Tal era la reverencia que sentía Esmirna por Roma que ya hacia 195 a.C. fue la primera ciudad del mundo que erigió un templo a la diosa Roma. Y en el año 26 d.C., cuando las ciudades de Asia Menor se disputaban el honor de edificar un templo a la divinidad de Tiberio, fue elegida Esmirna aun por encima del mismo Éfeso.

No solo era grande Esmirna en comercio, belleza y eminencia política y religiosa; también era una ciudad en la que florecía la cultura. Apolonio de Tiana había convencido a Esmirna de que solamente sus hombres podían hacer grande a una ciudad. Dijo: «Aunque Esmirna es la más hermosa de todas las ciudades que hay bajo el Sol, y que es la señora del mar, y que ejerce señorío sobre las fuentes del céfiro, aún es mayor encanto estar coronada de hombres que de pórticos y escenarios y oro más allá del nivel de toda la humanidad: porque los edificios se ven solo en su lugar, pero los hombres se conocen por doquiera, y se habla de ellos por doquiera, y hacen a su ciudad tan amplia como el ámbito de los países que pueden visitar.» Así es que Esmirna tenía un estadio en el que se celebraban juegos atléticos famosos todos los años; una biblioteca pública imponente; un odeón que era el hogar de la música, y un teatro que era uno de los más grandes de Asia Menor. En particular, Esmirna era una de las ciudades que pretendían ser la cuna de Homero; tenía un edificio en su memoria llamado el Homerión, y ponía la efigie de Homero en sus monedas. Esta era una atribución tan discutida como la de ser la cuna de Cervantes en España. Thomas Heywood, un poeta del siglo XVII, escribió un epigrama famoso en la literatura inglesa:

*Siete ciudades guerrearon por Homero ya muerto,
quien, cuando vivo, no tuvo techo que cobijara su cabeza.*

En tal ciudad esperaríamos encontrar una arquitectura magnífica, y así era en Esmirna, donde había una legión de templos -a Cibeles, Zeus, Apolo, Némesis, Afrodita, y Esculapio.

Esmirna tenía una dotación especial de las características comunes a todas las ciudades griegas. Mommsen dice que Asia Menor era «un paraíso de vanidad municipal,» y Esmirna era famosa entre todas las ciudades «por su rivalidad municipal y por su orgullo local.» Cada uno de sus habitantes quería exaltar a Esmirna y llegar a la cima de su árbol municipal. No carece de importancia el que en el encabezamiento de la carta del Cristo Resucitado se le llame «El Primero y el Último.» En comparación con Su gloria, todas las distinciones terrenales son fútiles.

Aún nos queda por mencionar una característica de Esmirna que resalta en la carta y que tuvo serias consecuencias para sus cristianos. Los judíos eran especialmente numerosos e influyentes (versículo 9). Encontramos, por ejemplo, que contribuyeron 10,000 *denarii* para el embellecimiento de la ciudad. Está claro que en Esmirna fueron los judíos especialmente hostiles a la Iglesia Cristiana, sin duda porque fue de entre ellos y de entre los interesados en el judaísmo de donde procedían muchos de los convertidos al Cristianismo. Así es que podemos terminar nuestro estudio de Esmirna con la historia del más famoso martirio cristiano, que sucedió allí.

Policarpo, obispo de Esmirna, fue martirizado el sábado 23 de febrero del año 155 d.C. Fue en el tiempo de los juegos atléticos; la ciudad estaba abarrotada, y toda la gente estaba excitada. De pronto surgió el grito: «¡Mueran los ateos! ¡Busquemus a Policarpo!» Seguramente Policarpo habría podido huir; pero ya había tenido una visión en sueños en la que vio que la almohada bajo su cabeza estaba ardiendo, y se despertó para decirles a sus discípulos: «Es necesario que me quemem vivo.»

Un esclavo declaró bajo tortura dónde se encontraba Policarpo. Fueron a arrestarle. Él ordenó que les dieran una

comida y puso a su disposición todo lo que quisieran tomar, pidiéndoles a cambio que le concedieran el privilegio de pasar una hora en oración. Ni siquiera el capitán de la policía quería ver morir a Policarpo. En el breve viaje a la ciudad trató de persuadir al anciano: < ¿Qué tiene de mal el decir "César es señor" y ofrecer sacrificio y salvar la vida?> Pero Policarpo era inamovible en su convicción de que para él el único Señor era Jesucristo.

Cuando entró en la arena del circo vino una voz del Cielo que decía: < Sé fuerte, Policarpo, y pórtate como un hombre.> El procónsul le dio a escoger entre maldecir el nombre de Cristo y ofrecer sacrificio al César, o morir. «Ochenta y seis años Le he servido -le contestó Policarpo-, y Él no me ha hecho nunca ningún mal. ¿Cómo voy a blasfemar de mi Rey Que me salvó?» El procónsul le amenazó con la hoguera, y Policarpo replicó: « Tú me amenazas con un fuego que arde sólo un momento y se sofoca en seguida, porque no conoces el fuego que les espera a los malvados en el juicio por venir y en el castigo eterno. ¿A qué esperas? ¡Venga, haz lo que quieras conmigo!»

El gentío llegó de las tiendas y de los baños con teas, y los judíos, aun quebrantando el descanso sabático al llevar tales cargas, fueron los primeros en allegar la leña. Iban a atarle al poste del patíbulo; pero él dijo: «Dejadme como estoy; porque el Que me da poder para soportar el fuego me concederá permanecer inmóvil en medio de las llamas sin la seguridad de vuestros clavos.» Así es que le dejaron atado pero sin apretarle en las llamas, y Policarpo hizo su gran oración:

Señor Dios Todopoderoso, Padre de Tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por medio de Quien hemos recibido pleno conocimiento de 77, Dios de los ángeles y poderes, y de toda la creación, y de toda la familia de los rectos que viven ante Ti, yo Te bendigo por concederme este día y hora el poder participar, entre el número de los mártires, del cáliz de Tu Cristo, por la Resurrección

a vida eterna tanto de cuerpo como de alma en la inmortalidad del Espíritu Santo. Sea yo recibido hoy entre ellos delante de Ti como sacrificio rico y aceptable, como Tú, el Dios de verdad y sin engaño, has preparado de antemano y mostrado y cumplido. Por esta razón yo también Te alabo por todas las cosas, Te bendigo, Te glorifico, mediante el Sumo Sacerdote eterno y celestial Jesucristo, Tu amado Hijo, mediante Quien sea dada gloria a Ti con Él y el Espíritu Santo, tanto ahora como por todas las edades que están por venir. Amén.

Hasta aquí los hechos escuetos; a continuación se nos dice que las llamas hicieron una especie de tienda alrededor de Policarpo sin llegar a tocarle. Por último el verdugo le atravesó para ejecutar lo que las llamas no pudieron hacer. « Y cuando hizo esto salió una paloma, y mucha sangre, hasta tal punto que apagó el fuego, y toda la multitud se maravilló de la diferencia que hay entre los incrédulos y los elegidos.»

De lo que no cabe duda es de que Policarpo murió como un mártir, testigo, de la fe.

No podía ser un fácil compromiso ser cristiano en Esmirna; y sin embargo la carta a Esmirna es una de las dos en las que el Cristo Resucitado alaba a la iglesia sin reservas.

ESMIRNA, BAJO LA PRUEBA

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

La iglesia de Esmirna tenía dificultades y era inminente que se le presentara otra prueba.

Hay tres cosas que dice la carta acerca de esta prueba.

(i) Es *thlipsis*, *aflicción*. *Thlipsis* quería decir originalmente estar oprimido bajo un peso. La presión de los acontecimientos recae sobre la iglesia de Esmirna.

(ii) Es *ptójeía*, *pobreza*. En el Nuevo Testamento la pobreza y el Cristianismo están íntimamente relacionados. «¡Afortunados vosotros los pobres,» dijo Jesús (*Lucas 6:20*). Pablo describía a los cristianos de Corinto como pobres, pero que enriquecían a muchos (*2 Corintios 6:10*). Santiago dice que Dios ha escogido a los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe (*Santiago 2:5*).

En griego hay dos palabras para *pobreza*. *Penía* describe la condición de una persona que no es rica, pero que, como los griegos lo definían, satisfacía sus necesidades con el trabajo de sus manos. Como decía Jorge Manrique, la sociedad constaba de dos clases: «Los que viven por sus manos - y los ricos.» *Ptójeía* describía una destitución total. Se ha explicado de la siguiente manera: *penía* describe el estado de la persona que no tiene nada superfluo; *ptójeía* describe el estado del que no tiene absolutamente nada.

La pobreza del cristiano se debía a dos factores. Al hecho de que la mayor parte de los cristianos pertenecían a la clase más baja de la sociedad. La sima entre la cumbre y el fondo de la escala social era muy pronunciada. Sabemos, por ejemplo, que los pobres se morían literalmente de hambre en Roma cuando los vientos contrarios retrasaban la llegada de los barcos que traían cereales de Alejandría y no quedaban reservas.

Había otra razón para la pobreza de los cristianos. A veces sufrían el despojo de sus bienes (*Hebreos 10:34*). Había veces que la chusma pagana atacaba inesperadamente a los cristianos y les destrozaba las casas. La vida no era nada fácil para los cristianos de Esmirna o de cualquier otro lugar del mundo antiguo.

(iii) Estaba *el que los metieran en la cárcel*. Juan predice un encarcelamiento de *diez días*. Esto no hay que tomarlo literalmente. *Diez días* podía querer decir un breve tiempo que pasaría pronto. Así es que esta profecía es al mismo tiempo advertencia y promesa. El encarcelamiento se va a producir; pero el tiempo de la prueba, aunque agudo, sería corto. Aquí hay que notar dos cosas.

La primera, que era precisamente así como se producían las persecuciones. Los cristianos estaban fuera de la ley, pero la persecución no era continua. Podía ser que se dejara a los cristianos en paz bastante tiempo; pero en cualquier momento podía ser que a un gobernador le diera la vena de aplicar la ley, o al gentío la de ponerse a gritar que se buscara a los cristianos -y entonces se producía la tempestad. El terror de ser cristiano estaba en la inseguridad.

La segunda, la cárcel no nos parece a nosotros tan terrible. Puede que dijéramos: «¿La cárcel? Bueno, eso no es tan malo como la muerte.» Pero en el mundo antiguo la cárcel era algo así como el preludio de la muerte. Uno estaba preso hasta que se le sacaba a ajusticiar.

ESMIRNA, LA CAUSA DEL PROBLEMA

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

Los instigadores de la persecución fueron los judíos. Una y otra vez vemos en *Hechos* que los judíos influían en las autoridades en contra de los predicadores cristianos. Así sucedió en Antioquía (*Hechos 13:50*); Iconio (*Hechos 14:2,5*); Listra (*Hechos 14:19*), y *Tesalónica* (*Hechos 17:5*).

La historia de lo que sucedió en Antioquía nos muestra cómo consiguieron los judíos a menudo influir en las autoridades para que tomaran medidas contra los cristianos (*Hechos 13:50*). En los alrededores de la sinagoga se reunían muchos «temerosos de Dios,» es decir, gentiles que no estaban dispuestos a llegar a la decisión de hacerse prosélitos y adoptar totalmente el judaísmo sometiéndose a la circuncisión, pero que se sentían atraídos por la pureza de la ética judía en comparación con la vida pagana. Especialmente las mujeres eran atraídas al judaísmo por estas razones. A menudo se trataba de mujeres de la aristocracia, esposas de magistrados

y de gobernadores, y era a través de ellas cómo los judíos llegaban a las autoridades y las inducían a perseguir a los cristianos.

Juan llama a los judíos *la sinagoga de Satanás*, tomando una expresión favorita de los judíos y aplicándosela a los mismos. Cuando los israelitas se reunían, les encantaba llamarse < la asamblea del Señor > (*Números 16:3; 20:4; 31:16*). *Sinagoga* es el griego *synagógé*, que quiere decir literalmente asamblea o congregación. Es como si Juan dijera: < Os llamáis la asamblea de Dios cuando de hecho sois la asamblea del diablo. > Una vez Juan Wesley dijo de ciertos hombres que presentaban una figura indigna de Dios: < Vuestro Dios es para mí el diablo. > Es algo terrible cuando la religión se convierte en el medio para cosas malas. Ha sucedido. En los días de la Revolución Francesa, Madame Roland lanzó su famoso grito: < ¡Libertad, qué de crímenes se cometen en tu nombre! > Ha habido tiempos trágicos en que eso se podía decir de la religión.

Se solían lanzar seis acusaciones contra los cristianos.

(i) Sobre la base de las palabras de la Comunión -«esto es Mi cuerpo, esto es Mi sangre»- se difundió el rumor de que los cristianos eran caníbales.

(ii) Como los cristianos llamaban a sus celebraciones *agapé*, *la fiesta del amor*, se decía que se trataba de orgías.

(iii) Como el Cristianismo producía a veces rotura en las familias cuando unos miembros se hacían cristianos y otros no, se acusaba a los cristianos de «involucrarse en cuestiones familiares.»

(iv) Los paganos acusaban a los cristianos de ateísmo porque no podían comprender un culto sin imágenes y porque negaban la existencia de los dioses paganos.

(v) A los cristianos se los acusaba de ser desafectos al régimen porque se negaban a decir: «El César es el Señor.»

(vi) A los cristianos se los acusaba de incendiarios porque anunciaban que el mundo acabaría en llamas.

No les era difícil a los maliciosos diseminar peligrosas calumnias acerca de la Iglesia Cristiana.

ESMIRNA, DERECHO Y DEMANDA DE CRISTO

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

Ya hemos visto que la iglesia de Esmirna se estaba enfrentando con dificultades, y con amenazas aún peores por venir. En vista de eso la carta a Esmirna empieza con dos títulos impresionantes del Cristo Resucitado que revelan lo que Él le puede ofrecer a una persona que tiene que arrostrar una situación como la que se le presentaba a los cristianos de Esmirna.

(i) Cristo es el Primero y el último. En el Antiguo Testamento ese era un título que se aplicaba exclusivamente a Dios. < Yo soy el Primero y Yo soy el último > (*Isaías 44:6; 48:12*). Este título tiene dos aspectos. Para el cristiano es una promesa estupenda. Venga lo que venga, desde el primer día de la vida hasta el último, el Cristo Resucitado está con nosotros. Así pues, ¿de quién o de qué hemos de tener miedo?

Pero para los paganos de Esmirna era una advertencia. Amaban su ciudad, a la que llamaban « la primera de Asia, » y todos y cada uno de ellos se esforzaban por ser mejores que sus vecinos. El Cristo Resucitado dijo: «Yo soy el Primero y el Último.» Aquí está la muerte del orgullo humano. Al lado de la gloria de Cristo todos los títulos humanos son hueros, y todas las pretensiones humanas ridículas. Cuando el emperador romano Juliano, el Apóstata, fracasó en su intento de acabar con el Cristianismo y restaurar los viejos dioses del paganismo, y cuando llegó a la muerte en el intento, dijo: «El desplazar a Cristo del lugar supremo no era para mí.»

(ii) Cristo es el Que fue muerto y está vivo otra vez. Los tiempos del verbo tienen una importancia capital. En griego para *fue* es *guenómenos*, que quiere decir *el que llegó a ser*. Describe lo que podríamos llamar una fase pasada. Cristo llegó a estar muerto; fue un episodio por el que pasó. En griego el verbo que traduce la versión Reina-Valera por *vivió* es el

aoristo, que describe una acción que se completa en el pasado. La traducción correcta es *volvió otra vez a la vida*, como dicen muchas traducciones modernas, haciendo referencia al suceso de la Resurrección. El Cristo Resucitado es el Que experimentó la muerte y volvió otra vez a la vida en el acontecimiento triunfal de la Resurrección, y está vivo para siempre. También esto tiene dos aspectos.

(a) El Cristo Resucitado es el Que *ha experimentado* lo peor que la vida Le podía hacer. Murió en la agonía de la Cruz. Fuera lo que fuera lo que les sucediera a los cristianos de Esmirna, Jesucristo había pasado por ello. Él puede ayudar porque sabe lo que es la vida en su peor aspecto, y ha experimentado la amargura de la muerte, y de la muerte de Cruz.

(b) El Cristo Resucitado *ha conquistado* lo peor que la vida puede hacer. Ha triunfado del dolor y de la muerte; y nos ofrece y abre a través de Sí mismo el camino de la vida victoriosa.

En este pasaje hay también una demanda, la de *la lealtad*, ser leales hasta cuando sea la muerte el precio que se haya de pagar. La lealtad era una cualidad de la que sabía algo el pueblo de Esmirna, porque su ciudad se había jugado el todo por el todo con Roma cuando la grandeza de Roma no era más que una posibilidad lejana, y nunca había vacilado en su fidelidad, en la calma y en las tormentas. Si se colocaran todas las otras nobles cualidades de la vida en el otro platillo de la balanza, todavía las superaría la lealtad. R. L. Stevenson le pedía a Dios que «en todos los vaivenes de la fortuna, y hasta las puertas de la muerte,» fuéramos «leales y cariñosos unos con otros.»

ESMIRNA LA RECOMPENSA PROMETIDA

Apocalipsis 2:8-11 (conclusión)

Jesucristo no quedará en deuda con nadie, y el serle leal reporta su propia recompensa. En este pasaje se mencionan dos recompensas.

(i) Está *la corona de la vida*. Una y otra vez se menciona en el Nuevo Testamento la corona del cristiano. Aquí y en *Santiago 1:12* se menciona la corona *de la vida*. Pablo habla de la corona de *la integridad* (*2 Timoteo 4:8*), y de la corona *de que enorgullecerse* (*1 Tesalonicenses 2:19*). Pedro menciona la corona *de la gloria* (*1 Pedro 5:4*). Pablo contrasta la corona inmortal del cristiano con la corona caduca de laurel que era el premio del vencedor en los juegos atléticos (*1 Corintios 9:25*), y *Pedro* menciona otra vez la corona imperecedera de la gloria (*1 Pedro 5:4*).

De en cada una de estas frases quiere decir *que consiste en*. Ganar la corona de la justicia o de la gloria o de la vida es ser coronado con la integridad o la gloria o la vida. Pero debemos entender la idea que hay detrás de esta palabra *corona* (*stéfanos*). En griego hay dos palabras para *corona*: *diádema*, que es *la corona real*, y *stéfanos*, que conlleva las ideas de *gozo* y de *victoria*. No es la corona real la que se le ofrece al cristiano, sino la corona del gozo y de la victoria. *Stéfanos* tiene muchas asociaciones, y todas ellas contribuyen algo a la riqueza de pensamiento que conlleva.

(a) Lo primero que se nos viene a la mente es la corona del vencedor en los juegos atléticos. Esmirna celebraba unos juegos que eran famosos en toda Asia. Como en los juegos olímpicos, la recompensa que recibía el atleta vencedor era una corona de laurel. El cristiano puede ganar la corona de la victoria en la contienda de la vida.

(b) Cuando uno había realizado su trabajo de magistrado fielmente, al final del tiempo que estaba en activo se le

concedía una corona. El que sirva fielmente a Jesucristo y a sus semejantes a lo largo de toda su vida recibirá su corona.

(c) En el mundo pagano era costumbre ponerse coronas de flores en los banquetes. Al final del día, si el cristiano ha sido leal, tendrá el gozo de sentarse como invitado en el banquete de Dios.

(d) Los adoradores paganos tenían la costumbre de ponerse coronas cuando iban a los templos de sus dioses. Al final del día, si el cristiano ha sido fiel, tendrá el gozo de entrar a la presencia más íntima con su Dios.

(e) Algunos investigadores han visto en esta corona una referencia al halo o nimbo que se suele poner en los cuadros alrededor de la cabeza de los seres divinos o de los santos. Si es así, quiere decir que el cristiano, si es fiel, será coronado con la vida que pertenece a Dios mismo. Como dijo Juan: < Seremos semejantes a Él, porque Le veremos como Él es en realidad > (*I Juan 3:2*).

En esta vida puede ser que la lealtad del cristiano le traiga una corona de espinas; pero en la vida por venir le reportará la corona de la gloria.

(ii) Cipriano usa dos grandes frases para describir a los que son fieles hasta la muerte. Los describe como < ilustres en la heráldica de un nombre bueno, > y los llama < la cohorte vestida de blanco de los soldados de Cristo. > A los fieles se les hace todavía otra promesa: no sufrirán ningún daño de *la muerte segunda*. *La segunda muerte* es una frase misteriosa que no aparece nada más que aquí y en *Apocalipsis 20:6, 14; 21:8*. Los rabinos hablaban de < la segunda muerte que padecen los malvados en el siglo venidero. > La frase puede tener uno de dos orígenes.

(a) Los saduceos creían que después de la muerte no hay absolutamente nada; los epicúreos mantenían la misma doctrina. Esta creencia se encuentra hasta en el Antiguo Testamento, porque el libro pesimista del *Eclesiastés* fue la obra de un saduceo. «Mejor es perro vivo que león muerto; porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos no saben

nada» (*Eclesiastés 9:4s*). Para los saduceos y los epicúreos la muerte era la extinción. Para el judío ortodoxo esto era demasiado simple, porque quería decir que al sabio y al necio les esperaba el mismo fin (*Eclesiastés 2:15s; 9: 2*). Ellos, por tanto, llegaron a creer que había, por así decirlo, dos muertes -la muerte física que ha de pasar toda persona, y después otra muerte que era el juicio de Dios.

(b) Esto está íntimamente relacionado con las ideas que hemos tocado cuando estudiamos la palabra *paraíso* (2:7). Vimos que muchos de los pensadores judíos y cristianos primitivos creían que había un estado intermedio en el que permanecían todas las personas hasta el Juicio Final. En ese caso, no cabe duda que habría dos muertes: la muerte física, que es inevitable, y la muerte espiritual, por la que pasarían los malvados después del Juicio Final.

Acerca de tales cosas no se nos ha concedido poder hablar con seguridad; pero, cuando Juan decía que los fieles no sufrirían daño de la segunda muerte se refería exactamente a lo mismo que Pablo cuando decía que nada en la vida ni en la muerte, en el tiempo o en la eternidad puede separar de Jesucristo a los que Le aman. Esa persona está a salvo de todo lo que la vida o la muerte le puedan hacer (*Romanos 8:38s*).

LA CARTA A PÉRGAMO

Apocalipsis 2:12-17

-Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo:

Estas cosas las dice el Que tiene la espada aguda de doble filo.

Sé dónde tienes tu hogar. Sé que es donde está el trono de Satanás; y sin embargo mantienes Mi nombre y no me has retirado tu fidelidad, ni siquiera en los días de mi fiel mártir Antipas, al que mataron en medio de vosotros donde Satanás tiene su hogar.

Pero tengo una pocas cosas contra ti. Tienes ahí algunas personas que siguen la doctrina de Balaam, el que enseñó a Balac a poner tropezaderos en el camino de los israelitas, a comer carne sacrificada a los ídolos y a cometer fornicación. Y también tienes los que de manera parecida siguen las enseñanzas de los nicolaítas. Así es que arpepiéntete; porque si no, vengo a ti rápido para hacerles frente con la espada de Mi boca.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. Yo le concederé al que obtenga la victoria que participe del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca en la que esté escrito un nombre nuevo que nadie conozca más que el que lo reciba.

PÉRGAMO,
LA SEDE DE SATANÁS

Apocalipsis 2:12-17

Pérgamo ocupaba un lugar único en Asia. No se encontraba en ninguna de las grandes carreteras como Éfeso y Esmirna; pero históricamente era la ciudad más importante de Asia. Estrabón la llamaba < ciudad ilustre » (*epifanés*), y *Plinio* « con mucho la ciudad más famosa de Asia » (*longe clarissimum Asiae*). La razón era que, en el tiempo en que estaba escribiendo Juan, Pérgamo hacía casi cuatrocientos años que era la capital. Allí por el año 282 a.C. se la hizo la capital del reino de los Seléucidas, una de las partes en que se desmembró el imperio de Alejandro Magno, y siguió siendo la capital hasta el año 133 a.C., año en que murió Atalo III dejándole sus dominios a Roma. De esos dominios Roma formó la provincia de Asia, y Pérgamo siguió siendo la capital.

Su posición geográfica aún hacía a Pérgamo más impresionante. Estaba construida en una alta colina cónica que dominaba el valle del río Caico, desde la cima de la cual se podía ver el Mediterráneo a veinticinco kilómetros. Sir William Ramsay la describe de la manera siguiente: « Más que todas las otras ciudades de Asia Menor, Pérgamo le da la impresión al viajero de ser una ciudad regia, la sede de la autoridad; la colina rocosa sobre la que está construida es tan imponente que domina la amplia llanura del Caico orgullosa y agresivamente. » La Historia y el honor se dieron cita alrededor de Pérgamo. Resumamos sus características sobresalientes.

(i) Pérgamo no podría llegar nunca a tener la importancia comercial de Éfeso o de Esmirna, pero como centro cultural las sobrepasaba a ambas. Era famosa por su biblioteca, que contenía no menos de 200,000 rollos de pergamino. Sólo la superaba la biblioteca realmente única de Alejandría.

Es interesante advertir que la palabra *pergamino* se deriva de *Pérgamo*. En el mundo antiguo se llamaba *hé pergaméné jarta*,